

La Ilustración



Artística



Año XXI

← BARCELONA 6 DE OCTUBRE DE 1902 →

Núm. 1.084



EL SUEÑO, escultura de Gustavo Eberlein



Texto.—*La vida contemporánea. De vuelta*, por Emilia Pardo Bazán. — *El emperador y la pastora*, por F. Moreno Godino. — *Vencer ó morir*, por Eduardo Zamacois. — *Nuestros grabados.* — *Noticias de Bellas Artes.* — *Via libre*, novela ilustrada (continuación). — *Escultura decorativa*, por A. G. Llansó. — *Los insectos de los libros.* — *La luz eléctrica y la vista.* — *El ferrocarril del Cabo al Cairo.*

Grabados. — *El sueño*, escultura de Gustavo Eberlein. — Dibujos de Triadó que ilustran el artículo titulado *El emperador y la pastora.* — *En el monte*, cuadro de Adolfo Thoman. — *¡Qué hermoso es!*, cuadro de T. B. Kennington. — *Ensueños*, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler. — *Bilbao. Vista del puerto interior cuya última piedra ha colocado recientemente S. M. el rey D. Alfonso XIII.* — *Vista del puerto exterior.* — *El otoño en el campo.* — *Campiña romana*, cuadros de F. Petiti. — *Escogiendo el mantón.* — *La lección de guitarra*, cuadros de Domingo Fernández y González. — *Emilio Zola*, fallecido en París en 29 de septiembre último. — *La reina Marla Enriqueta de Bélgica*, fallecida en Spa en 19 de septiembre último. — *Smith Pigott*, el pretendido nuevo Mesías. — Obras decorativas de Lamberto Escaler. — *Apercibidos á la defensa*, cuadro de H. Tischler.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VUELTA

Por lo intenso del contraste me agradó detenerme en Avila, la más castellana de las ciudades, y rozar con mis ropas, impregnadas de los olores á cocina con manteca y á esencia de *white rose* del bulevar, las piedras mohosas de los severos palacios y de los solitarios templos.

¡Avila! ¡Tierra de cantos, tierra de santos! Y de santas, especialmente... Yo soy aficionadísima á historias de santas; hallando en ellas mayor interés que en las nueve décimas partes de las novelas... *non sanctas*, escritas supongo que con objeto de interesar, y que suelen producirme efectos enteramente contrarios. De éstas me traje unas cuantas para distraerme en el tren, y no pude pasar de las primeras páginas... yo, golosa de lectura. Golosa, sí: ya no *glotona*... El paladar se hace exigente á medida que almacena, allá en los oscuros depósitos de la memoria, sensaciones. Y el cerebro también sufre hastío, y rechaza el alimento insípido ó mal guisado. Guardé las novelas en el saco y preferí mirar el árido paisaje.

* *

Además, me gustan las historias de santas porque cuando las escribo y publico hay mucho revuelo en el campo negro y en el campo rojo. (El negro y el rojo se combinan, en mefistofélica combinación.) No siendo roja ni negra, estoy en mejores condiciones para saborear una impresión artística dondequiera que se me proporcione. Las historias de santas encierran una sutil psicología y esa magia de juventud que se halla en los monumentos literarios, artísticos, arquitectónicos, de la Edad Media. Muchas santas son anteriores ó posteriores á esta época de fantasía creadora y de realismo sencillo; pero la hagiografía ostenta siempre caracteres medioevales. La hagiografía, para ser encantadora, tiene que recordar los vidrios pintados de las iglesias. El siglo XVIII es fértil en historiadores de santos, y no se pueden leer, ni sufrir, porque llevan consigo el prosaísmo de su centuria.

* *

En Avila sólo hay la dificultad de no saber qué santa se elige. Santa Teresa, con su gran nombre, llena los ámbitos de la ciudad. Pero de Santa Teresa no se puede escribir poco. Pide volúmenes, como los dos que le dedicó mi amiga Gabriela Cunningham Graham, con quien pasé en Avila varios días enteramente teresianos. Esta vez, recorriendo sola las callejuelas y las singulares plazas que con su sombra protege un convento ó una iglesia, se me ha ocurrido pensar en las santas olvidadas, casi desconocidas, que no fueron literatas, ni fundadoras, ni mártires siquiera... Y dediqué las horas disponibles á evocar el recuerdo de la obscura Santa Barbada, que debe este nombre á un singular prodigio.

Me atrajo Santa Barbada como atrae un bello retablo ó una curiosa efigie encontrados en un lugar donde nadie contempla ni admira; en algún poblado por el cual no cruzan arqueólogos, ni siquiera viajeros. Esto no significa que Santa Barbada carezca enteramente de devotos en Avila misma. Si hay ciudades, comarcas, regiones enteras que respiran paganismo — por ejemplo, Nápoles, — otras exhalan religiosidad. De estas últimas es la grave Avila. Así que sentamos el pie en ella — á pesar de que va poniéndose de moda como punto de veraneo, — nos parece que se aleja el mundo, que las formas y colores de la naturaleza se borran y apagan, y sólo quedan el tono grisiento del granito y el amarillento de la arcilla, contrastando con el azul claro y puro de un cielo que nos señala el camino del ideal. ¡Y cómo mantiene la ciudad su íntegro aspecto de otros días! Intactas la cercan las sombrías murallas del período repoblador, las que presenciaron los asaltos de la morisma y las luchas intestinas de *señoranos* y *ruanos*. La catedral, en vez de adornarse con los calados joyeles de filigrana y con los vuelos de encaje de otras basílicas españolas, se corona de torreones: es, á la vez que templo, fortaleza. A la revuelta de cada calleja yerguen su mole conventos de benedictinos, de dominicos, de carmelitas. El espectro de Torquemada vaga sin duda aquí, en noches de luna, llamado por el sonido grave y profundo de las viejas campanas cuando doblan á la oración. En mis paseos, las altas rejas de los conventos me atraen: miro con los gemelos de teatro que la miopía me obliga á llevar siempre á mano en la bolsa, y suelo entrever una cara pálida, orlada por las tocas: una monja que, al través de los hierros, mira... ¿qué? ¿A los que pasan? ¿A las lejanías del horizonte?

* *

Las alamedas de altos olmos están desiertas, lo mismo que las pedregosas extensiones que rodean á la ciudad. Diríase que la soledad y el silencio tienen aquí su patria: la región entera es muda. Silencio imponente y monotonía que no carece de majestad; llanuras de dilatados términos, que sólo ondulan imperceptibles lomas. La variedad y la belleza dícenme que se encuentran en lo alto de la serranía, como si en este país Dios quisiese significar al alma que es preciso ascender á las cumbres para hallar algo que sea digno del interés humano. En la serranía de Avila hay valles amenos y frescos oasis de arbolado, pinares y cañadas, prados dignos de la musa del maestro Berceo, arroyos de cristal, tapices de flores de cantueso, de encendida color, y tomillares de agreste aroma.

* *

Las llanuras se extienden hacia la parte del Norte, y en la propia dirección, distante como dos leguas de Avila, se encuentra el pueblecillo de Cardenosa, del cual eran naturales los labriegos padres de *Santa Barbada*, y donde nació la santa misma. Este recuerdo sería el único de un lugarcito de sesenta vecinos, á no haber acaecido en él el fallecimiento del niño Alfonso, hermano de Isabel la Católica; fallecimiento causado, según fama, por el veneno que le dieron en una trucha. Suceso ocurrido en un rincón de España, que tanto influyó sin embargo en su historia.

No aciertan los cronistas á fijar en qué época vivió Paula, Santa Barbada después, ni á qué labores se dedicaba, ni nada concreto, pues realmente esta santa pertenece, más que á la historia documentada, á la tradición. La aventura á que se reduce su biografía demuestra que era hermosa; pero lo único que logramos rastrear es que Paula solía venir de Cardenosa á Avila muy á menudo, con objeto de visitar la tumba del mártir San Segundo, primer obispo y patrono de Avila, que había confesado la fe y ganado la corona en la ciudad misma, y cuyo cuerpo fué inventado á orillas del río Adaja, al demoler dos arcos antiquísimos del templo de Santa Lucía, allá por los años de 1519. Este dato aumenta las confusiones. Algunos suponen que el caso de Santa Barbada ocurrió en el siglo VI, otros que en el XI. No pudo ser sino antes de que se perdiese la tradición del sepulcro de San Segundo, á menos que fuese después de su descubrimiento. La veneración á este sepulcro era una devoción popular en Avila; Felipe II solicitó una reliquia de San Segundo para el monasterio del Escorial. Si creemos que el suceso de Barbada es posterior al descubrimiento, Paula pudo ser contemporánea de Santa Teresa. En el llano abulense, los siglos XVI y XVII hay florecencia de santos.

Iba, pues, la joven paleta de Cardenosa, lozana como unas flores, á sus rezos acostumbrados, cuando reparó en ella un caballero de la ciudad, en la cual abundaban, y muy calificados en nobleza, viéndose hoy todavía sus casas fuertes, con arrogantes blasones. El caballero, según las crónicas mozo y libertino, buscó modo de hablar á Paula. Sin duda le entró, como al capitán D. Alvaro de Atayde en *El alcalde de Zalamea*, uno de esos caprichos súbitos y desordenados, que exaltados por una casta y firme repulsa, pueden ascender á violenta pasión; y acaso, al convencerse de que Paula, voluntariamente, nunca se prestaría á sus deseos, exclamó como D. Alvaro:

«La vida me has de costar,
hermosísima villana.»

Debemos suponer que antes de llegar al desesperado propósito de matar á Paula en último extremo, agotaría aquel caballero todos los medios persuasivos para ganar la voluntad de una doncella. Es verosímil que la requerraría; que la rondaría, que hasta la daría música en Cardenosa (facilitando el galanteo lo corto de la distancia, que bien se podía recorrer á caballo), que la ofrecería dádivas y obsequios, y que acaso llegase hasta ofrecerse á recibirla por esposa. Todo lo cual no sirvió de nada, pues Paula hizo saber al apasionado mancebo que tenía ofrecida á Cristo su virginidad.

* *

Lleno entonces de despecho y furia, el mozo esperó á Paula apostado en el camino por donde sabía que la paleta había de pasar forzosamente, en dirección de la iglesia de San Segundo. Llevaba daga en cinto, y la resolución rabiosa de pasar el pecho á Paula, si resistiese. Paula le vió desde lejos. Aterrorizada, se refugió en la ermita de San Lorenzo, uno de los muchos humildes oratorios que rodeaban á Avila. Allí se echó de rodillas y alzó al cielo una plegaria fervorosa, pidiendo verse libre de aquella hermosura malhadada, que la ponía en tales riesgos. — Y al punto mismo sintió brotar rápidamente en su cara, lisa y rasa como la seda, una barba pobladísima, negra, que cubría el rostro y descendía ondeante hasta el pecho.

* *

Al precipitarse el caballero en la ermita, apretando el puño de la daga, no conoció á la Barbada, y la preguntó atónito si no había visto entrar allí, momentos antes, á una villana muy hermosa. Paula respondió negativamente: el mozo se fué confuso; y la joven, de rodillas, agradeció á Dios el socorro prestado, y suplicó que no la quitase las barbas que habían sido su escudo. Desde aquel día Paula no se apartó más del sepulcro de San Segundo, dedicada á cuidarlo, á adornarlo con lámparas cuyo aceite renovaba, á hacer vida eremítica, hasta el punto de la muerte. Quizás fuese la Barbada la primera de las famosas emparedadas que cerca de San Lorenzo asombraron á la comarca con sus penitencias.

Este oratorio de San Lorenzo, donde un retablo «ni antiguo ni bueno» describe Quadrado lacónicamente — era el único monumento que confirmaba la tradición de la Barbada, — fué derribado en 1835. El retablo se trasladó á la vecina parroquia de San Andrés. Y es cuanto se sabe acerca de la virgen cuyo rostro se pobló de barba...

* *

Singularísimo parece, después de unas horas pasadas en Avila, meterse en el tren. Salimos como de la sombra sugestiva de una catedral, y entramos en la estación, que aunque poco animada, estación es al fin, y huele á carbón de piedra. Y no sé por qué, de pronto doy en asociar estos episodios de santidad con la agitación religiosa de Francia. Diríase que ya nadie piensa en la fe..., y el caso es que se piensa, de otro modo, pero tanto como en los siglos de las santas — á pesar de que las santas se han agotado, se han secado las azucenas todas...

O al menos, tienen tal aspecto que es imposible conocerlas. Acaso la baronesa de Reille, una señora que acaba de dar una conferencia en Montmartre para protestar contra los decretos que cierran las Escuelas de las Sores, allá en 1500 sería una santa. Hay que creerlo al escucharla gritar: «¡Nuestro derecho ó el martirio!»

Pero eso de las conferencias tiene tan poco de vidrio de colores...

EMILIA PARDO BAZÁN.



I

Iduela era una niña que desde la edad de un año había dejado de crecer, así es que medía escasamente un metro de estatura. Pero ni en los cuentos de hadas pudo imaginarse una enana más linda; parecía una *bebé* animada y escultural, no de esas *bebés* gabachas insulsamente rubias, de pómulos salientes, de ojos espantados y sin expresión; sino con una fisonomía rebosando gracia, con ojos que se asemejaban á rayos de sol y con una boca que se plegaba en una muequecita encantadora. Pues ¡y luego, cuando cumplidos los ocho años, su madre vistióla de pastora, con sombreros de paja de Esmirna, *peplums* de seda pérsica y sandalias de cuero fino masajeta! ¿Quién vió jamás pastora más elegante? No diré yo que se igualara á las aristocráticas zagalas de la corte de Versailles, pero sí que superaba á las de Cervantes y Florián.

Iduela y su madre habitaban una espaciosa alquería situada á dos tiros de saeta de la ciudad de Turriscabras, capital de la *feliz Arisba*, como la llaman las crónicas antiguas, que formaba parte del poderoso imperio de Licia. Iduela era hija única, y su madre, viuda bien acomodada, poseía entre otros bienes un ganado lanar de cincuenta cabezas, que producía una leche riquísima y especial, con la cual la hacendosa mujer confeccionaba unos quesos acanelados, que constituían la principal golosina de los sibaríticos habitantes de Turriscabras. La vanidosa ganadera no había querido abrir tienda ni puesto en la ciudad, por aquello de que *el buen paño en el arca se vende*, y de esto resultaba que el paseo que mediaba entre la alquería y la población parecía una romería de siervas y esclavos que venían á comprar leche y quesos para sus señores, y los gañanes de ambos sexos que servían á la viuda tenían pocos ratos de holganza.

Así, pues, por distraerla, no por necesidad, vistió ésta á su hija de pastora y la encargó del rebaño. Porque la niña, si no en cuerpo, crecía en inteligencia y vigor, proporcionados á su edad, y era de ver á aquella zagala guiando el rebaño con un cayadito de ébano, casi siempre coronado de flores.

Como no hiciese mal tiempo, y en Arisba casi nunca le hacía, Iduela salía al campo y permanecía en él durante muchas horas, entretenida en esos pequeños incidentes que tanto sorprenden á los niños. Vefía á las aguzanieves andando á saltitos tríplices como si fuesen á bailar la bolancheira, á las ardillas columpiándose en las ramas de los árboles, á los tábanos zumbando en derredor de los tulipanes como si quisieran provocarlos, y llamaba «feas» á las ranas que la miraban con sus ojos saltones.

No hay que decir que se desvivía por el ganado. El ganado tenía tres perros, por autorizarle, no porque fuesen necesarios, pues en todo el territorio de Licia no se conocía ni siquiera la sombra de un lobo ú otra cualquiera alimaña. En la mitad del día Iduela volvía á la alquería para almorzar; pero las más de las tardes se estaba en un bosquecillo muy frondoso que estaba no lejos de su casa, y entonces un gañán traía el almuerzo, que ella compartía con los corderos, perros, algunas palomas y otras aves que se daban por convidadas; y en esta existencia apaciblemente campestre se la fueron pa-

sando los años hasta que cumplió los catorce de edad.

Una tarde hallábase en el bosquecillo, sentada como de costumbre bajo una ceiba, acariciando á un recental y viendo corretear á los perros, que estaban muy juguetones, cuando entróse por la espesura una mujer desconocida, y aproximándose á ella le dijo:

— ¡Buenas tardes, niña! Te agradecería mucho que me dices un poco de leche, porque vengo de camino y estoy algo desfallecida.

Aquella mujer alta, un tanto acartonada, de cabellos grises y de facciones diminutas, lo mismo podía tener treinta que cincuenta años de edad. Vestía una túnica blanca y un faldellín verde, llevaba una varita en la mano derecha y pendiente del brazo izquierdo un cestillo de mimbre en el que había unos frasquitos de cristal. Iduela, que se había puesto en pie, porque respetaba mucho á las mayores y porque además la mujer tenía un aspecto muy fino, le contestó:

— Señora, podéis tomar cuanta leche os plazca; voy á ordeñar un par de ovejas.

Y sacó del bolsillo un vaso de suela.

— ¡Muchas gracias, moninal, dijo la mujer. Yo las ordeñaré, me gusta mucho ordeñar.

Y en efecto, ordeñó con mucha soltura dos de las mejores ovejas y se bebió tres ó cuatro vasos de leche.

¡Cosa rara! Los perros, que eran algo ariscos, olieron en silencio á la desconocida.

Luego ésta é Iduela sentáronse á la sombra de la ceiba, y entonces supo la pastorcita que aquella señora era española, que se llamaba doña Batmendi Buenavoluntad, que era viuda del capitán mercante Requeséns, que con su viudez había venido á menos y que se buscaba la vida vendiendo un licor de su invención muy sabroso y muy estomacal; y para probar este aserto, destapó uno de los frascos que llevaba en la cesta y diósele á beber mezclado con leche á la niña, á la cual supo muy bien.

Desde aquella tarde no se pasaban dos sin que doña Batmendi viniese al bosquecillo á charlar con Iduela. Tenía una conversación muy agradable, y se la ocurrían chistes referentes á los animalejos que allí pululaban.

Además había viajado mucho en compañía de su marido; había estado en China, en el Japón y en el Indostán, y contaba de aquellos países cosas estupendas. Contaba que el Mikado del Japón no usa dos veces la misma ropa ni la misma vajilla; que los militares llevan dos espadas, y que hombres y mujeres varían de nombre según su edad y estado. Refería que á los médicos de Pekín se les obliga á encender un farol por cada enfermo que se les muere, de lo cual resulta que esta ciudad es la mejor alumbrada del mundo; que en las riberas del Ganges hay unas culebras tan inteligentes, que sirven de carteros, atravesando el río con la correspondencia y repartiéndola en ambas orillas, por lo cual algunas de ellas están condecoradas.

Estas verídicas narraciones se parecían tanto á cuentos, que entretenían á Iduela. Pero dejemos á ésta con su nueva amiga doña Batmendi, porque reclama nuestra atención un personaje mucho más importante.

II

Como que era nada menos que el gran Oroondates, emperador de Licia, doblemente grande por su jerarquía y por su estatura, que medía trescientos veintisiete metros, algunos más que la torre de Eiffel. Pero el ser tan descomunal no era óbice para que fuera admirablemente hermoso y bien proporcionado. Desgraciadamente sus fieles vasallos no podían ver de cerca su fisonomía, y eso que para obviar en parte este inconveniente inventó la óptica Bursurcumbur, un sabio que era presidente de la *Academia Eléctrica* y además eminente químico, físico y mecánico. Por tanto, no había liciense que no estuviese provisto de un antejo de larga vista. El monarca de Licia tenía veintiséis años de edad, y era bondadoso, cortés y bien educado; debió ser ascendiente ó descendiente del gigante Morgante, de quien, según Cervantes, D. Quijote decía *mucho bueno, puesto que perteneciendo á aquella raza desafortada y soberbia, él era comedido en sumo grado*. Pero aunque bueno, joven, poderoso, amado de los propios y temido de los extraños, el emperador Oroondates no era feliz y sufría un sinnúmero de contrariedades. En primer lugar, era el único soberano sin palacio, porque cómo construir en aquel tiempo uno que tuviera cuatrocientos metros de altura?

Bursurcumbur, que fué la providencia de aquel imperio, también subsanó en parte esta contrariedad, y ayudado de Angel Miguel, arquitecto de cámara, construyeron cuatro cobertizos altos de cien metros, bajo los cuales se guareciese el emperador del sol y de la lluvia, y además una especie de túnel de quinientos metros de largo, tapizado de plumón, en donde el monarca descansaba, pero pasando por la humillación de entrar y salir á gatas de su dormitorio.

Pues bien: estas incomodidades y otras muchas que no refiero, como, por ejemplo, la de no poder entrar el emperador en su hermosa capital de Florestania, por no haber en sus calles, eran pequeñeces, comparadas con los profundos sinsabores que le aguardaban, según verá el lector si sigue leyendo.

Oroondates recibió un mensaje con dos millones de firmas de sus vasallos de la comarca de Arisba, rogándole que les honrase con su presencia, supuesto que hacía algunos años que no tenían la inmensa satisfacción de verle; y como el emperador era bondadoso y agradecido, accedió á esta demanda y dió las órdenes para el viaje. Para ir á Arisba había que atravesar el Hidaspes, río de los más anchos y caudalosos del mundo, y á consecuencia se mandó venir á cinco navios de la escuadra que guardaba sus bocas, para transporte de la comitiva y equipaje del emperador; pues éste, para honrar á los arisbos y honrarse á sí propio, quiso hacer la jornada con toda ostentación. Embarcáronse, pues, más de seiscientas personas con muchas provisiones, y especialmente con un sinnúmero de toneles de vino (pues en Arisba no le había, por lo cual yo creo que era *feliz*) y Oroondates se bebía dos arrobas diarias; y cuando todos estuvieron embarcados y atravesando la corriente, el monarca metió en el río un bastón de cuatrocientos metros de largo, obra también de Bursurcumbur, y apoyándose en el fondo, trasladóse á la otra orilla por medio de un salto de garrocha.

III

Una mañana, Iduela y doña Batmendi hallábanse sentadas en el pilón de una fuente, mientras que el ganado pacía el húmedo citiso que en torno de la fuente florecía. La señora española contaba á la pastorcita sus interminables impresiones de viajes, y la hablaba de unas ratas que hay en el territorio de Calcuta, que se reúnen en grupos de nueve y cantan unos coros tan ajustados á la melopea, que ni los de Clavé, cuando la niña la interrumpió exclamando:

— ¿Qué es eso? ¿Cómo se nubla el sol si no hay ni una nube en el cielo?

— ¡Calle, pues es verdad!, dijo doña Batmendi.

Pronto se explicaron la causa. Por la zona de Oriente avanzaba un nublado, ¡cosa rara, vertical y producido por la sombra que proyectaba el inmenso cuerpo del emperador Oroondates. La señora y la niña se sorprendieron, mas no se asustaron, pues sabían que el gigante monarca viajaba por Arisba; antes bien salieronle al encuentro para verle más de cerca, y unieron sus aclamaciones á las de millares de personas que le seguían. El emperador tenía una vista de águila, reparó en seguida en Iduela, y queriendo ver más de cerca á aquella muñequita tan linda, tomóla en una de sus manos y alzóla con mucho mimo al nivel de su cara. El innumerable gentío que rodeaba á Oroondates, con sus potentes anteojos no pudieron ver lo que yo sé, y fué que al contemplar á la pastorcita púsose aquél densamente pálido (según frase de los folletines franceses), señal evidente de que la sangre le fluía al corazón. En efecto, Iduela impresionóle profundamente, lo cual prueba, como dice Víctor Hugo, que la *flecha de Cupido* es un mito verdadero. Hablando muy bajito para no aturdirle, el monarca preguntó á la niña «quién era y cómo se llamaba,» y ella, no temerosa, sino alegre de verse tan en alto, le informó de todo con infantil charla, que parecía el gorjeo del ruiseñor.

Oroondates besó á la pastorcita en la frente y en las manecitas, dejola en el suelo con mucho cuidado y prosiguió su camino hacia la capital de Arisba, en donde, por la misma causa que en la de su imperio, tampoco pudo entrar.

Abreviemos este relato, que metido en el terreno psicológico sería inacabable.

Al emperador, que hasta entonces no había pensado en mujeres, le llegó su hora, y quedó profundamente enamorado de Iduela; y ésta, cariñosamente predispuesta hacia el monarca por lo que había oído decir de su magnanimidad, cuando vió de cerca su varonil semblante lleno de majestad y de dulzura, quedó también prendada, y sintió la divina explosión del amor virgen.

Pero entre el amor virgen y el amor viril hay una inmensa diferencia.

Iduela pensaba constantemente en el emperador, ansiaba verle, y le veía con frecuencia. Cuando él la alzaba en sus manos y la miraba con sus ojitos tan tiernos y tan expresivos, acariciándola castamente, era feliz, y no deseaba más... Pero él, ¡pobre emperador, cuánto sentía los tormentos de la pasión no satisfecha! Y cómo satisfacerla si luchaba con el imposible de la naturaleza? ¿Cómo resolver aquel terrible problema? ¿De qué le servían su diadema imperial y su ilimitado poderío? Quería huir de aquella estrella que no podía alcanzar, y un poder invencible reteníale en Arisba. Su gran canciller le avisó que el río Termodonte se había desbordado, y que todos los panaderos de Licia habíanse declarado en huelga; pero él, tan solícito del bien de sus vasallos, apenas prestó atención á aquellas calamitosas noticias.

Buscaba á Iduela, se sentaba junto al tajo de una alta montaña, próxima á Turrisblancas, tomaba á la pastora en sus manos ó la sentaba en la cresta de aquella, y se pasaba horas y horas contemplándola, oyendo su graciosa charla y devanándose los sesos, como vulgarmente se dice, para hallar la solución de aquel imposible.

¡Pobre emperador!

A todo esto doña Batmendi Buenavoluntad había desaparecido de la comarca; sin duda andaba por

otras expendiendo su licor estomacal; por lo que fueron grandes la sorpresa y alegría de la niña, cuando una tarde que estaba sentada en el borde de la montaña, sostenida por la mano de su imperial amante, vió venir por el declive á la buena señora, sin cesto, pero con su varita en la mano. Dió un grito de gozo, púsose en pie y corrió á su encuentro. Se abrazaron ambas y doña Batmendi se

ve de la montaña. El emperador quedóse inmóvil de sorpresa. Algunos minutos después, viendo á la señora y á Iduela que estaban á su lado, al pie del tajo, se levantó. Doña Batmendi entonces comenzó á trazar en el aire con su varita figuras y rombos, murmurando al mismo tiempo frases incomprensibles, por lo cual yo supongo que además de licorista debía ser hada ó maga, y de las más morrocotudas, puesto que, ¡cosa estupenda é inaudita!, al influjo de aquella especie de conjuro el emperador iba menguando en estatura y la pastora creciendo con rapidez. Cuando tuvo ésta una regular, la señora trazó una circunferencia en el aire é Iduela dejó de crecer; pues aquella sabía que las mujeres altas suelen ser desgarbadas.

La niña, transformada en joven, gritaba y palmoteaba de alegría.

La reducción de Oroondates fué más lenta, y cuando bajó á la estatura de un buen mozo, la maga trazó en el aire un segundo círculo y... se acabó.

Los dos amantes, estupefactos, quedaron mirando cara á cara; y véase lo que es la mujer virgen; la pastora fué la primera que echó los brazos al cuello á su imperial amante, y de esto resultó el beso mutuo más intenso y prolongado de cuantos se han dado en el mundo.

IV

¡Válgame Dios, cómo entró Oroondates en Florestania, la hermosa capital de su imperio! Pero antes que él entraron más de tres mil personas que constituían su comitiva. Primero juglares, corifeos, pantomimos y músicos de flauta y orabín. Luego aldeanos con ramos de agabanzo, que en Licia es símbolo del triunfo. Después delegados de todas las comarcas, Bursurcumbur á la cabeza de los electricistas que llevaban sobre la toca una llamita, magnates de todos los Estados, ¡la mar de gente!, y en pos de todos el emperador, en un carro romano tirado por seis poderosas alfanas.

Pero el monarca no iba solo en el carro. Tenía éste dos testers; en el de atrás y en el sitio de preferencia, sentábase la princesa de las Trece Florestas, á su lado Iduela y enfrente de ellas el emperador. El lector se preguntará. ¿Quién es la princesa Trece Florestas? Pues era la madre de la ex pastorcita, á la cual el emperador, de golpe y porrazo, había conferido este título.

Los futuros esposos y la princesa madre instaláronse en el palacio imperial de Florestania, en donde el emperador no había cabido hasta entonces. Ocho días después celebró éste sus bodas con

Iduela. Yo me declaro insuficiente para describirlas, y si sólo diré que fueron un derroche de lujo y de alegría, y que demostróse en ellas que la flamante princesa de las Trece Florestas era, no sólo hábil confeccionadora de quesos, sino que también gran maestra de ceremonias, pues en las que se verificaron en la corte cuidó al pelo de la etiqueta, poniendo á cada persona y cosa en el sitio que la correspondía. Con motivo de su enlace, el emperador otorgó muchas mercedes; á Bursurcumbur, que estaba muy ensimismado en resolver el problema de sorber y soplar al mismo tiempo, le agració con el título de marqués de la Combustión.

El soberano de Licia estaba frenético de gozo; ya podía partir con sus ministros, ver de cerca á sus vasallos, montar los airosos caballos españoles, llamados por los romanos *dives equis*, y sobre todo dormir con Iduela en un lecho de alabastro.

¡Jamás existieron esposos más felices! Jóvenes, hermosos, archipotentes y adorándose mutuamente, el emperador y la ex pastora hallábanse, no en una luna, sino en un sol de miel, resplandeciente.

Sólo sentían un pequeño disgusto.

El día en que doña Batmendi, la maga licorista, había encogido á Oroondates y estirado á Iduela por medio de un conjuro, embelesados ambos en mirarse, no repararon en que la buena señora había se escabullido entre la multitud de gente que rodeaba al emperador. Posteriormente, y viendo que no se daba á luz, mandaron á todas partes emisarios para que la buscasen; pero nada, eclipse completo; como si se la hubiera tragado la tierra; por lo cual los augustos cónyuges, que eran muy agradecidos,



Tomóla en una de sus manos y alzóla con mucho mimo

aproximó al emperador haciendo una profunda reverencia.

— Pero, señora, ¿dónde habéis estado tanto tiempo sin acordaros de mí?, preguntaba la pastorcita.

— Tanto me he acordado, que vuelvo por causa tuya, y eso que al otro lado del Hidaspes vendía mis frascos como pan bendito.

— ¡Cuánto os lo agradezco!

— Sí, monina; pero vamos al grano, que tengo prisa.

Y luego, encarándose con el emperador, repuso:

— Señor, en todas esas tierras se susurra que estáis enamorado de una pastora.

Oroondates exhaló un suspiro que espantó á una bandada de vencejos que por allí atravesaba.

— Y por lo que veo, prosiguió diciendo doña Batmendi, esa pastora bien pudiera ser Iduela.

Ésta bajó los ojos, el emperador siguió silencioso.

— Creo que he acertado; pero este amor es imposible, tales como están las cosas.

A los ojos del desesperado amante asomáronse dos lágrimas que parecían dos manantiales.

— Señor, siguió diciendo doña Batmendi mirando con fijeza al emperador, si no existiera obstáculo físico, ¿os casaríais con esta pastorcita?

El gigante contestó con ímpetu:

— Daría tres partes de mi imperio por lograrlo, pues la otra la necesitaría para coronarla emperatriz.

— Bueno, bien: permaneced ahí, señor, y cuando volváis á vernos poneos en pie. Ven, Iduela.

Y cogiendo á la niña en brazos bajó por el decli-

sentían el resquemor de no poder demostrarla su gratitud, recompensándola por el incomparable bien que habíales proporcionado.

Una mañana los emperadores iban á salir de palacio para volar la cetrería, y con este motivo esperaban en el extenso parque un sinnúmero de servidores; pajes y escuderos teniendo caballos del diestro, halconeros al lado de las pihuelas en las que se posaban los halcones encapitrotados, y ojeadores con una jauría de perros tracios atrahillada. A la puerta de palacio, cuatro esclavos nubios tenían de las riendas la hacanea de la emperatriz y el soberbio alazán tostado del emperador. Presentáronse éstos, precedidos del montero mayor, que tenía el privilegio de ayudar á montar á caballo á la emperatriz, y con efecto, hincó una rodilla en tierra, Iduela apoyó en la otra su piecico, y se colocó gentilmente en la silla. El emperador hizo lo propio, y cuando estaban poniéndole en su punto las acciones de los estribos, todos cuantos allí se hallaban quedáronse sorprendidos oyendo una voz que gritaba: «¡Arre, borrico!» y viendo una mujer montada en un burro tordo con roncal de estambre que se entraba por la puerta del parque.

Era doña Batmendi Buenavoluntad. Los augustos esposos prorrumpieron en una exclamación, acercóse á ellos la señora, sin apearse hizo una profunda reverencia y devolvió á Iduela las caricias que ésta le prodigaba. Entonces dijo el emperador: «¡Gracias al cielo, señora, os volvemos á ver! Nos habéis aliviado de un gran peso. Espero que ya

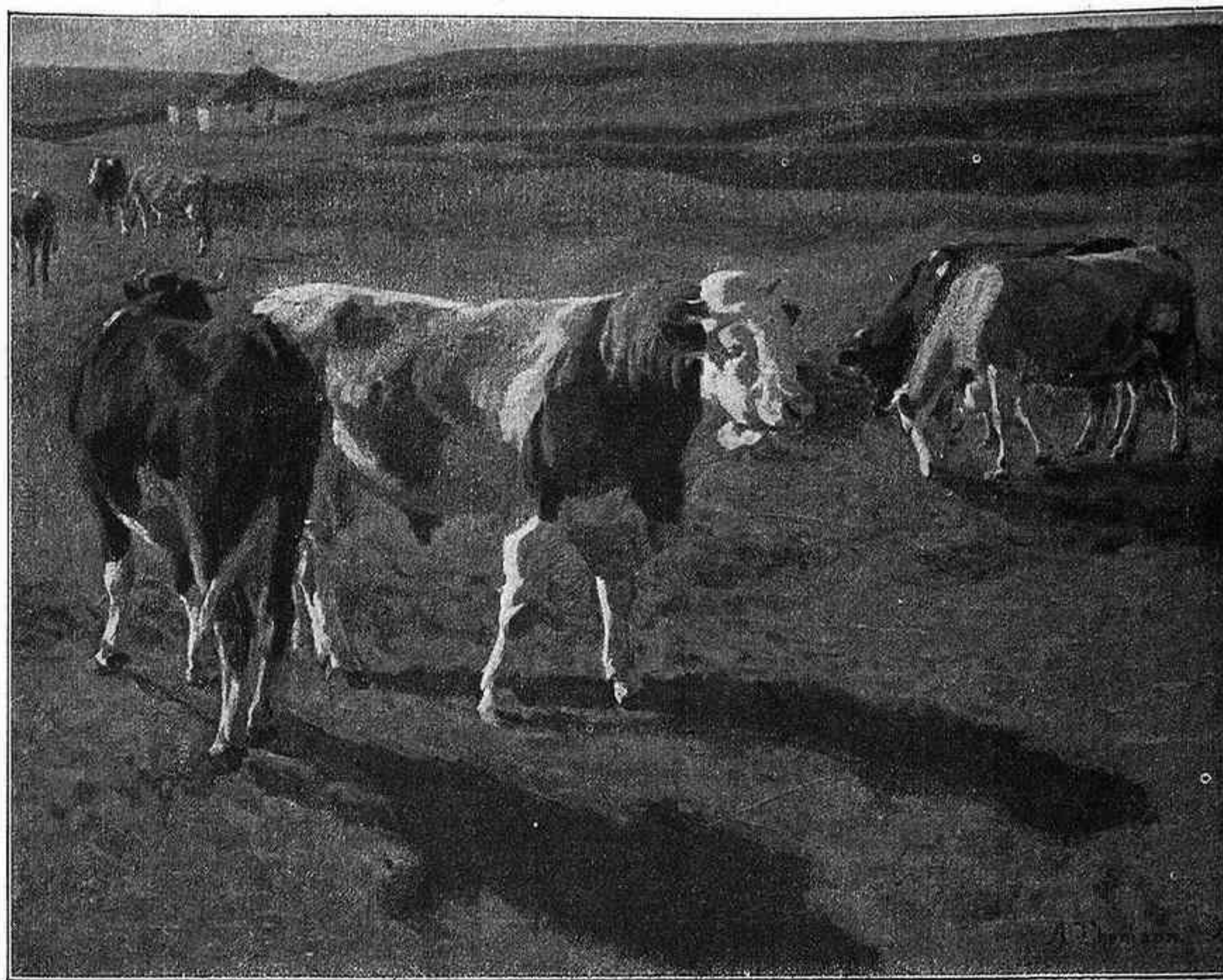
no nos dejaréis, y que á nuestro lado nos daréis ocasión de pagaros nuestra felicidad.

— Esa soy yo, señor, y eso significa Batmendi en vascuence antiguo, que es un dialecto de mi país;

quiero ver si cojea de algún pie para enderezárselo, si fuere necesario. Así, pues, me despido de Vuestras Majestades, y ¡Dios quiera que nunca me necesiten! ¡Arre, borrico!

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Triadó.)



En el monte, cuadro de Adolfo Thomann

VENCER Ó MORIR

Hay épocas singularísimas, únicas en la historia de los pueblos, que al trazar profunda y luminosa huella, son manantial perdurable de inspiraciones para el escritor y fuente no menos fecunda que enriquece, puebla y engalana con múltiples corrientes el vastísimo campo de los siglos, sirviendo de enseñanza práctica y provechosa para aquellos que se agitan y brillan en el campo de la política.

En todas las crónicas y anales de las diversas nacionalidades menciónanse con orgullo sucesos y nombres que en circunstancias determinadas han tenido trascendental influjo en la organización moral y en la marcha política social de cada país.

Refiriéndonos al Nuevo Mundo, ya en su descubrimiento, en la conquista ó en la independencia, no escasean las proezas, los heroísmos y culminantes episodios que hacen recordar los homéricos tiempos, la Grecia ó Roma, no sólo por el arrojo temerario, por el estoicismo espartano, por la abnegación y el sacrificio, sino también por ese menosprecio de la vida que en aras de la patria ó de la idea ha dado páginas de oro á la historia universal, grabando los nombres de los héroes y de los mártires.

y como soy *felicidad*, procuro repartirla entre los que la merecen, y como en todas partes hay desgraciados á quienes acorrer, agradeciéndola mucho no puedo aceptar la generosa oferta de Vuestra Majestad.

— Pero, señora...

— Ahora, por ejemplo, tengo que volver apresuradamente á España, porque hay allí un reyecito que acaba de empuñar las riendas del Gobierno, y



¡Qué hermoso es!, cuadro de T. B. Kennington

Las tres hermosas centurias de gloria y de conquistas fueron precursoras de una era iniciadora de ideales y de reformas progresistas, pero eslabonada con el tiempo viejo, por el idioma, por la religión, por los grandes templos, por la tradición, así como también por los vínculos de familia, por la alteza de sentimientos y por el valor, mancomunado en los conquistadores y en sus descendientes, que, en los campos de batalla, escribían con sangre la primera página de su historia contemporánea.

Allí ejerció su influencia, sobre aquellos hombres inmortales, lo soberbio del escenario, la pléora de la rica naturaleza, el sol de fuego que hacía circular por las arterias ardiente lava y raudales de enérgica bravura.

Una voluntad indomable, un cerebro gigante y un brazo invencible crearon en 1819 un todo colosal.

Colombia, Ecuador y Venezuela se unieron bajo una misma bandera, formando una sola nación de inmenso territorio, señora de dos mares, el Pacífico y el Atlántico, y rica, riquísima, por sus grandiosos productos naturales.

Aquel acto político fué recibido con fervoroso entusiasmo, por más que la radical evolución tuviera que luchar con principios enteramente opuestos á las ideas palpitantes, que pugnaban por entronizarse en todo el continente americano.

Aún no se había calmado la efervescencia de las pasiones producida por la lucha magna entre España y sus colonias.

Todavía el verbo libertad y emancipación no identificaba razas, ni unía por completo los corazones, cuando ya los partidos encarnizábanse con mayores bríos, desarrollando rencores y haciendo impotentes los esfuerzos para consolidar la situación.

Durante algunos años, las postreras campañas, que dieron su total independencia á las colonias americanas; la expectativa de los ánimos que fluctuaban alarmados por las variadas combinaciones políticas; las dificultades que encontraba el gobierno en un camino cuajado de abrojos, y el prestigio, la aureola que ceñía la victoriosa frente de Bolívar mantuvieron el equilibrio de un edificio que amenazaba ruina prematura, merced á ideas que cundían favorables para el rompimiento de la Unión Central de Venezuela y Colombia.

Por entonces surgió la cuestión de monarquía, rechazada enérgicamente por Simón Bolívar, tanto para sí propio, cuanto para ceñir corona á sienes extranjeras.

En tal estado estaban las cosas en el año de 1829.

Entre los caudillos de mayor nombradía, por los servicios prestados á la independencia, por los laureles inmarcesibles recogidos en los campos de batalla, por los dones de la naturaleza y de la fortuna, figuraba el general José María Córdoba, joven aún, dotado de espíritu ambicioso y abrigando la aspiración de ser el paladín de la libertad, que él creyera amenazada por los proyectos monárquicos apadrinados por algunas entidades políticas y diplomáticas. Idólatra de Bolívar, tornóse adversario del egregio caraqueño al creerse por éste desairado, fuera de servicio activo y con empleo y puesto pasivo.

El *bravo entre los bravos de Colombia* lanzóse á la revolución para combatir la dictadura, declarándose desde luego en abierta y franca rebelión.

Estaba acostumbrado á dictar órdenes y á ser obedecido.

Su lema era triunfar.

Desconocía los reverses en la guerra, y como principales condiciones albergaba valor é intrepidez á toda prueba, perseverancia sin rival y fe ciega en su propósito.

Tal vez su carácter inquieto le hizo no madurar su plan para que el golpe hubiera sido certero, pues

la idea tenía carácter patriótico, y desarrollada con destreza y diplomacia, habría obtenido éxito feliz.

El partido exaltado buscaba un jefe y Córdoba podía serlo, y esto hizo pensar que la revolución se propagaría como chispa eléctrica.

Cincuenta soldados le acompañaron en la toma de Medellín y en breve fué dueño de toda la provincia antioqueña.

torno de su jefe, ya bañado en sangre y acribillado de heridas.

Exánime y sin poderse sostener, cayó dentro de una casa inmediata al funesto campo del Santuario: unos pocos de los suyos le acompañaron.

Allí lo encontraron moribundo las tropas del gobierno.

Allí murió el intrépido colombiano...

LA BARONESA DE WILSON.

LA GLORIA

Vicente Cortés era el último vástago de una ilustre familia de artistas.

Su abuelo fué hombre de ricos y variados conocimientos, que falleció dejando cuatro hijos: Vicente, célebre pintor, muerto en París á la edad de veintinueve años; Baltasar, actor dramático de extraordinarias facultades, á quien la locura arrebató prematuramente del escenario del mundo; Fernando, escritor de poderosas facultades, que cometió la indiscreción de suicidarse por una actriz que no le quería, y cuyo espíritu debe de estar refiriéndole á la sombra ensangrentada de *Figaro* el interminable poema de las veleidades femeninas; y Gabriel, que siempre vivió fuera de España, dedicado al estudio de la música, y que había llegado á viejo antes de triunfar.

Gabriel murió dejando un hijo que se llamaba Vicente, como su tío el pintor, y que era el último descendiente de aquella insigne familia de artistas.

Vicente Cortés empezó á luchar desde muy joven, entregándose á esa labor devoradora y anónima de los periódicos diarios: el artículo relativo á cualquier acontecimiento notable, el telegrama que es necesario ampliar, la sucinta narración del último crimen...; todo eso, en fin, que los periodistas escriben de madrugada, con sueño y con frío, sentados alrededor de la ancha mesa de la redacción, oyendo el nervioso escarabajo de las plumas que corren sobre las blancas cuartillas, bajo los yertos effluvios luminosos de las lamparillas eléctricas.

El combate fué duro: la primera novela del joven autor no se vendió; la segunda, tampoco. La colaboración en las revistas literarias era difícil: un combate horrible de enemistades, de envidias, de voluntades batalladoras que concurrían al mismo punto, disputándose rabiosamente unas migajas de gloria, y en el cual los menguados de espíritu quedaban en la sombra, vencidos y pobres.

Vicente Cortés no decayó en aquel sañudo torneo: le sostenían su legítimo orgullo de artista y el ejemplo de aquellos progenitores ilustres que lucharon como él y cuyo recuerdo glorioso custodiaba su ánimo, infundiéndole ante la adversidad estoica perseverancia y bizarría.

A veces, no obstante, experimentaba desfallecimientos dolorosos: cuando le devolvían un artículo donde puso girones de su alma, ó medía el poco éxito de sus obras; aquellos libros tan bien meditados, tan queridos, que arrojaba á la cabeza del público indiferente, y que desaparecían sin llamar la atención ni suscitar controversias, tristemente, como piedra que se hunde en el mar.

Entonces Vicente Cortés sentía que su orgullo y su amor á la gloria flaqueaban.

—¿Para qué luchar, decía, si el día del triunfo no ha de amanecer para mí? Y aunque llegase, ¿qué?.. ¿Acaso la gloria de Voltaire merece una vida de sacrificios y de vigiliadas dolorosas?..

Y discurriendo así, vacilaba y sentía resurgir de sus profundos una laxitud invencible, un abandono de todas sus fuerzas, cual si sus nervios, cansados de vibrar, se distendiesen, colgando como cuerdas rotas.

— Si quiere usted estrenar ese drama, había dicho



ENSUEÑOS, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler
(De «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, Darmstadt)

Los hombres influyentes se mantuvieron neutrales y la plebe se internó en los bosques para no empuñar el fusil.

Entretanto apostábase el gobierno para sofocar la insurrección.

Aquel célebre y denodado irlandés, que largo espacio fué edecán de Bolívar, Daniel Florencio O'Leary, se hizo cargo de la difícil misión de batir á Córdoba y apagar el incendio de la guerra civil.

Con ochocientos soldados descendió por el río Magdalena, y al llegar á Naré, se internó por las fragosidades y asperezas de Juntas y por los bosques que tienen quince leguas de extensión.

En un sitio llamado el Santuario aguardaba el soldado de Pichincha y Ayacucho.

Su fuerza no pasaba de trescientos hombres, mal vestidos, mal pertrechados para la guerra, faltos de disciplina y por completo bisonos para la pelea.

Tenían, sí, las energías juveniles y estaban dispuestos á morir con su caudillo.

El general O'Leary inició proposiciones de paz. Fueron valerosamente rechazadas.

—¿Qué piensa usted hacer?, preguntó á Córdoba el coronel Manuel Montoya, enviado por el jefe contrario.

— Triunfar ó morir, contestó lacónicamente.

— El triunfo es imposible.

— ¿Por qué?

— Nuestras fuerzas doblan las de usted, y repito que es imposible la victoria.

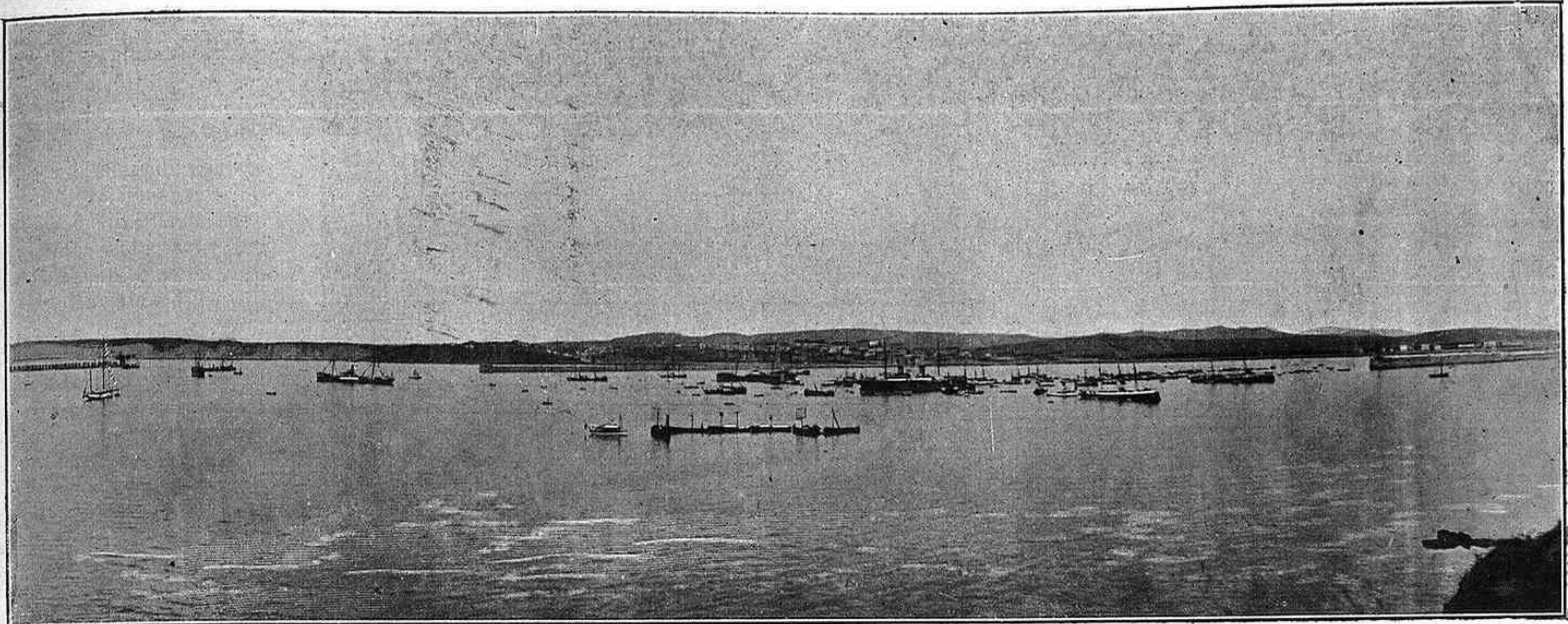
— Pero no la muerte.

Poco después se trabó el combate. Fué reñidísimo: Córdoba se batió como un león y sus soldados como veteranos aguerridos; uno á uno cayeron en

á Vicente un literato amigo suyo, procúrese la protección de Pedro Gómez-Urquijo. Las recomendaciones de Gómez-Urquijo lo pueden todo. El joven vaciló mucho antes de aceptar tan juicioso consejo, porque conocía á Urquijo y recelaba que éste, tasándole en poco, no se dignase apadrinarle. Al fin se decidió.

cia el retrato colocado sobre la chimenea, creyendo adivinar en aquella frente y en la expresión melancólica de sus ojos, duros y pensativos, las huellas de un cansancio inexpresable. Otra vez surgió en la imaginación del joven el concepto frío de lo que es la gloria, ese acicate implacable de los hombres de genio. ¡Luchar! ¿Y para qué? ¿Acaso compensaba aquel modesto vivir el

sión de la indiferencia, cabía en cuatro renglones... — ¿Para qué luchar?, volvió á preguntarse Cortés: ¿para merecer dos líneas en las columnas de un diccionario enciclopédico, esas necrópolis ambulantes donde los editores encierran el recuerdo de los grandes hombres? Y Vicente tuvo miedo; estaba viéndose muerto, encerrado entre dos renglones de letras pequeñas...

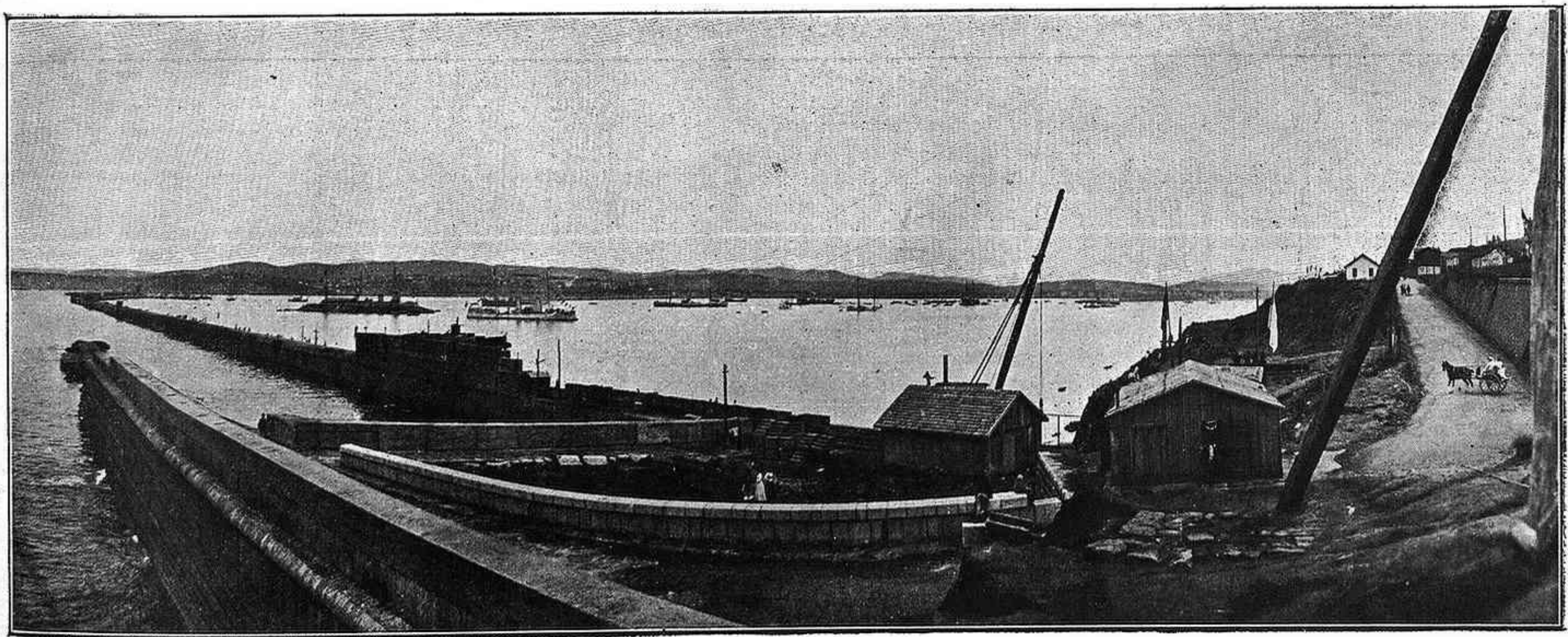


BILBAO. — VISTA DEL PUERTO INTERIOR CUYA ÚLTIMA PIEDRA HA COLOCADO RECIENTEMENTE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII (de fotografía de M. Marcoartú)

Aquella noche Vicente llegaba á casa del célebre escritor momentos antes de las nueve. — D. Pedro, dijo la criada que salió á recibirle, está concluyendo de cenar. Pase usted al despacho. Era una espaciosa habitación rectangular, con las paredes cubiertas de armarios atiborrados de libros; la mesa de escribir, una verdadera mesa de trabajo, ancha y sólida. Un quinqué recortaba sobre el tapete verde una sombra circular; el suelo estaba al-

largo catálogo de dolores que abrevia la vida de los artistas?.. Pasaban los minutos; el reloj colocado en el hueco de una ventana, sobre un velador, bajo el pabellón de dos cortinas, continuaba restándole segundos á la eternidad, tic-tac, tic-tac... Los ojos de Cortés se habían fijado en un diccionario enciclopédico, olvidado sobre una silla. «Ahí estará mi tío,» pensó. Y cogió el libro.

¿Para qué atormentarse? ¿Para qué solicitar de Gómez-Urquijo la protección que había de empujarle á nuevos combates, esos combates estériles, ignorados, cuyo glorioso resultado la posteridad suele perpetuar con un epitafio? Y Vicente Cortés, automáticamente, obedeciendo al repentino desmayo de todas sus fuerzas, se levantó, cogió su sombrero y se fué... EDUARDO ZAMACOIS.



BILBAO. — VISTA DEL PUERTO EXTERIOR (de fotografía de M. Marcoartú)

fombrado, las puertas cubiertas por cortinajes oscuros, entre cuyos pliegues profundos morían ahogados los ruidos exteriores; sobre la chimenea, encerrado en un marco negro, aparecía el retrato de Gómez-Urquijo, con su semblante largo y enjuto, su ancha frente atormentada por el trabajo mental y su venerable melena apostólica; los bustos de artistas célebres, colocados en las cornisas de los estantes, proyectaban sobre la pared sombras inmóviles, de un antropomorfismo quimérico... Insensiblemente Vicente Cortés iba abandonándose al recogimiento hierático de aquel estudio silencioso y severo como un santuario. Allí vivía un gran hombre, que trabajaba sobre aquella mesa ancha y fuerte, y manejaba los libros amontonados en aquellos armarios, y meditaba delante de la chimenea encendida, apoltronado en un sillón muelle y profundo... Todo aquello lo había ganado Gómez-Urquijo con su esfuerzo: la alfombra que cubría el suelo, los muebles, los cuadros y los ricos cortinajes que embellecían y autorizaban la habitación... Y pensando en esto Vicente Cortés volvía los ojos ha-

Ante él empezaron á pasar multitud de hombres famosos: guerreros, legisladores, cantantes, pintores, filósofos, viajeros audaces, literatos ilustres, cortesanas célebres... La crema y flor, en fin, de todas las civilizaciones y de todos los siglos; y había tantos, tantos..., que formaban legión, vulgo; ¡un vulgo de notabilidades!.. El joven no se había equivocado: allí estaba su tío. «Cortés (Vicente) célebre pintor español. Nació en 1850. Murió en 1879.» ¡Nada más!.. Un nombre perdido entre millares de nombres, era cuanto quedaba de aquel gran artista que tanto luchó. Allí, medidos por el mismo implacable rasero, dormían el sueño eterno del olvido cuantos seres privilegiados sirvieron de enseñanza ó de recreo á millares de generaciones anónimas. La voz de Gayerre había dejado un eco de tres líneas; la belleza de Cleopatra, pasmo del mundo antiguo, cupo en doce palabras; la gloria de Napoleón, ¡oh prodigiosa conci-

NUESTROS GRABADOS

El puerto de Bilbao.— Esta grandiosa obra, que oficialmente inauguró S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 7 de septiembre último, fué iniciada en 1872 por la Junta de Comercio de Vizcaya, la cual consiguió del gobierno la creación de una Junta especial de obras de la ría y puerto de Bilbao, pero la guerra civil que estalló en 1873 paralizó los trabajos preparatorios que se estaban verificando. Terminada aquella lucha, constituyóse definitivamente la junta en 1876 y al año siguiente D. Alfonso XII aprobó el reglamento por que ésta debía regirse y la tarifa de arbitrios por ella solicitada para procurarse recursos con que realizar las obras, y fué nombrado ingeniero director D. Evaristo de Churrua. Si este nombramiento fué acertado lo demuestran los resultados obtenidos en la ría, en la barra y en el puerto, que son realmente asombrosos. Por la ría apenas podían subir antes á Bilbao un bote en baja mar y en pleamar un buque con ocho pies de calado; ahora suben por ella vapores de 5.000 toneladas; la barra ya no existe, merced al dragado de su cauce y á la construcción de un muelle de hierro; y el puerto abarca una extensión de 280 hectáreas y en él pueden anclar los mayores transatlánticos y los acorazados más poderosos. El coste de las obras asciende á 50 millones de pesetas, que se han obtenido del producto de los arbitrios y de las subvenciones del gobierno, de la Diputación de Vizcaya y del Ayuntamiento de Bilbao.



El otoño en el campo, cuadro de F. Petiti



Campaña romana, cuadro de F. Petiti



Escogiendo el mantón, cuadro de Domingo Fernández y González



La lección de guitarra, cuadro de Domingo Fernández y González

Emilio Zola.—No trazaremos la biografía del eminente novelista cuya trágica y repentina muerte ha producido dolorosa sorpresa en el mundo literario, ni intentaremos siquiera hacer el juicio de sus obras. Ni son necesarios una y otro; la biografía, porque no hay quien no sepa que la existencia de Zola fué la del luchador que, arrojando contrariedades, venciendo obstáculos, despreciando odios y sobreponiéndose á calumniosos ataques, avanza resuelto por el camino que se ha señalado para hacer triunfar la idea que él estima redentora; el juicio de sus obras, porque, sin esperar el fallo de la posteridad, sus contemporáneos han proclamado al autor de los *Rougon Macquart* maestro eminente y creador de una escuela que hizo una verdadera revolución en el campo de la literatura. No hace mucho, en el número 996 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, publicamos una semblanza de Emilio Zola, debida á nuestro distinguido colaborador Eusebio Blasco: en ella estaban admirablemente retratados el hombre, el pensador, el novelista, y á ella nos referimos, porque sería en nosotros empeño inútil y gran atrevimiento desfigurar con nuestros conceptos aquella hermosa instantánea del ilustre escritor aragonés.

Emilio Zola es el ejemplo más elocuente del hombre que por su propio esfuerzo, por su talento, por su laboriosidad, llega desde la situación más miserable á una posición elevada: en efecto, el que deja al morir una fortuna, el que se ha conquistado un nombre universalmente famoso, el que ha visto sus obras publicadas en millones de volúmenes y traducidas á todos los idiomas, conoció en su juventud las mayores privaciones y desempeñó los más humildes empleos. Pero animado siempre por sus aficiones literarias y por su amor al estudio y al trabajo, puestos constantemente los ojos en la meta que desde sus primeros años fijara á sus deseos y á sus ambiciones, logró en vida entrar en el templo de la gloria y ver su nombre venerado por sus adeptos y respetado hasta por sus adversarios. Zola forma época en la historia de la literatura, y sea cual fuere el juicio que puedan merecer sus tendencias y sus procedimientos, nadie podrá negar, sin pecar de notoria injusticia, que su obra es la obra de un genio.



LA REINA MARÍA ENRIQUETA DE BÉLGICA, fallecida en Spa en 19 de septiembre último

La reina María Enriqueta de Bélgica.—María Enriqueta Ana, reina de Bélgica, archiduquesa de Austria, hija del archiduque José, palatino de Hungría, y de la archiduquesa Dorotea, princesa de Wurtemberg, nació en Pest, en 23 de agosto de 1836, y á los diez y siete años se casó con el duque de Brabante, hijo de Leopoldo I rey de los belgas. Bella y bondadosa, pronto se conquistó el afecto de sus súbditos, afecto que más tarde había de aumentar ante las penas que amargaron la existencia de la soberana, tales como la muerte de su hijo el príncipe Leopoldo, duque de Brabante, acaecida en 1869; el triste fin del archiduque Rodolfo de Austria, casado con su hija la princesa Estefanía, y la locura de su otra hija, la princesa Luisa, actualmente recluida en una casa de salud. Nadie extrañó, pues, que la reina se alejase de la corte, pasando una buena parte del año en Spa, en su *villa* de la avenida Marteau, en donde vivía acompañada solamente de dos damas de honor, de su secretario y de su intendente, M. Van Severdonck, que era á la vez su pintor favorito. La reina María Enriqueta era muy aficionada á las bellas artes y al deporte hípico. Su muerte ha causado en Bélgica profundo dolor.

El sueño, escultura de Gustavo Eberlein.—Entre los escultores alemanes que, rompiendo con la tradición, han buscado en la escultura efectos que antes se consideraban patrimonio exclusivo del arte pictórico, ocupa lugar preeminente el célebre artista Gustavo Eberlein, bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por los muchos y muy notables trabajos suyos que en estas páginas hemos reproducido. *El sueño* es en este género una obra maestra, y si en los rostros del durmiente y de la gentil figura que estampa un beso en sus sienes se admira, aparte de la alta inspiración del autor, toda la pureza de líneas de los clásicos, en el modo como los bustos se van esfumando, por decirlo así, hasta perderse en el bloque marmóreo de donde surgen, tenemos una muestra bellísima de ese estilo que podemos llamar modernista y que ha abierto dilatado campo á la plástica.



EMILIO ZOLA, fallecido en París en 29 de septiembre último

to. A la muerte de Prince, acaecida en 1899, sucedióle Smith Pigott, párroco que había sido de varias iglesias protestantes y que había figurado en el famoso «Ejército de Salvación» del cual salió para entrar en la citada secta. El día 7 de septiembre último Pigott anunció desde el púlpito á sus fieles que él era Jesucristo y que el domingo siguiente proclamaría en público sus doctrinas; y en efecto, el día 14 presentóse en el templo de Clapton, en las inmediaciones de Londres, en donde le esperaba una multitud compuesta de 3.000 personas que le recibió con gritos hostiles. No se inmutó por esto el supuesto Mesías, sino que sonriente y saludando con el sombrero entró en la iglesia, que fué invadida por la muchedumbre, y allí se anunció como el Hijo de Dios hecho hombre: al oír esto, fué tal el escándalo que se produjo, que el pobre Pigott tuvo que huir por una puerta de escape y escoltado por la policía, que á duras penas pudo librarle de las iras y de las burlas del pueblo.

En el monte, cuadro de Adolfo Thomann.—El autor de este cuadro, á fuer de buen suizo, siente verdadera pasión por la naturaleza; y se comprende que así sea, porque aquel delicioso país con sus azules lagos, sus verdes praderas, sus elevadas montañas, muchas de ellas coronadas por eternas nieves, sus frondosos bosques, sus imponentes cascadas y sus temibles ventisqueros son elementos más que suficientes para hacer vibrar intensamente las fibras de todo corazón artista. No es, pues, de extrañar que Thomann, penetrado en absoluto con las naturales bellezas de su patria y dotado de indiscutible talento, encuentre la nota justa cuando traslada al lienzo sus impresiones y produzca obras tan simpáticas, tan verdaderas, como *En el monte*, que figuró dignamente en la última exposición celebrada por los secesionistas de Munich.

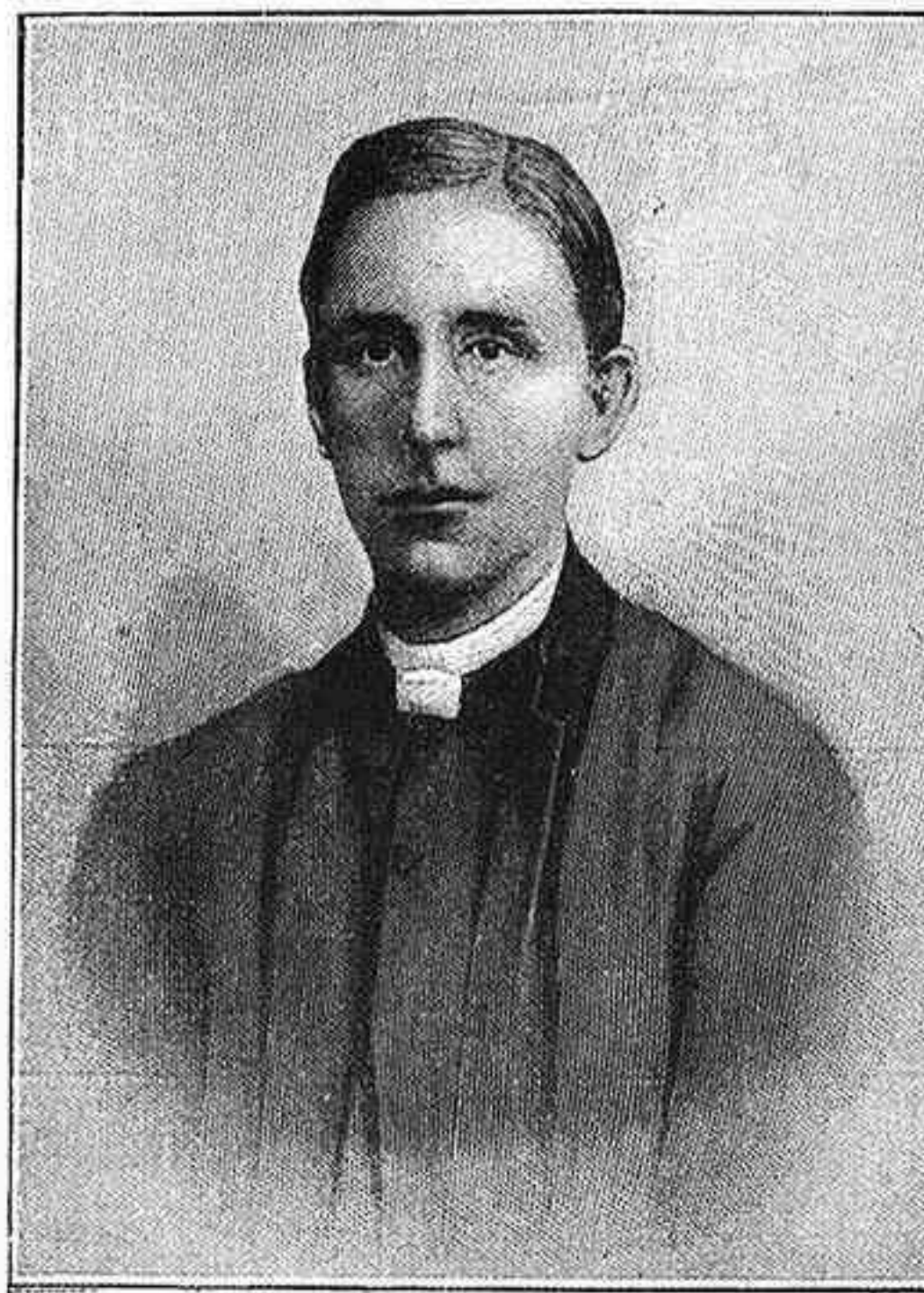
¡Qué hermoso es!, cuadro de T. B. Kennington.—Es esta una obra en la que no sabemos qué admirar más, si el delicado sentimiento que toda ella respira y que cautiva nuestro ánimo, ó las bellezas de ejecución que en las figuras y en los menores detalles se observa y que es poderoso encanto para nuestros ojos. Desde el primer punto de vista, causa emoción gratísima la tierna expresión de la niña que se extasia contemplando á su hermanito y la de la madre que se goza en aquella explosión del amor fraternal; bajo el segundo concepto, merecen incondicionales alabanzas la suavidad de líneas, la dulzura de tonos, el cariño con que el pintor ha tratado el asunto, gracias á lo cual ha conseguido que la finura y la elegancia de la forma armonicen perfectamente con la delicadeza del tema en que se ha inspirado.

Ensueños, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler.—Pocos artistas tendrán la variedad de aptitudes que al alemán Vogeler caracteriza: lo mismo dibuja á la pluma un ex-libris de estilo arcaico, que pinta un paisaje ó una marina modernista; con igual talento produce con su buril composiciones que recuerdan las de los más célebres grabadores, que concibe modelos para muebles y utensilios de los más diversos géneros; y tan admirable se nos presenta cuando ilustra cuentos populares en que campea la fantasía, como cuando traza en la tela retratos y figuras que se honraría firmándolos el más decidido campeón del modernismo. El dibujo suyo que en la página 654 reproducimos es digna pareja del que publicamos en el número 1.073 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y pueden, por ende, aplicársele los mismos conceptos que acerca de éste expusimos.

El otoño en el campo.-Campiña romana, cuadros de F. Petiti.—Bien puede llamarse á este artista el pintor de los paisajes italianos, pues sus aficiones por este género pictórico le han llevado á recorrer casi todas las regiones de su patria, y de todas ellas ha sacado bellísimas notas que han aumentado sin cesar su bagaje artístico. En todas sus composiciones aparece marcada su personalidad, que consiste en una sinceridad exquisita y en un respeto extremado á la verdad, lo que no le impide poner en sus cuadros un sello de distinción que realza sus naturales atractivos. Las dos obras suyas que reproducimos son la mejor confirmación de nuestras apreciaciones.

Escogiendo el mantón.-La lección de guitarra, cuadros de Domingo Fernández y González.—Recientemente, y con motivo de haber expuesto el señor Fernández y González algunos interesantísimos estudios en el Salón Parés, resultado de su estancia en Venecia, emitimos juicios y consideraciones acerca de este distinguido artista. De ahí que hoy nos creamos obligados á llamar la atención de nuestros lectores respecto de los dos cuadros que reproducimos, ajustados á un concepto que tantos aplausos reportó á varios pintores españoles y que aún tiene el privilegio de llamar la atención en el extranjero, ya que en esta clase de obras se retratan y reproducen escenas y cuadros de costumbres peculiares de nuestras provincias meridionales. Hay que advertir, sin embargo, que los lienzos de nuestro amigo ofrecen una particularidad que los avalora, cual es la de que se separan de cierta clase de convencionalismos, y que los tipos, trajes y accesorios son los que aún pueden observarse, avalorado todo por la brillante paleta del artista y por su buen gusto é inteligencia en combinar los elementos que componen el asunto que se ha propuesto desarrollar.

Apercibidos á la defensa, cuadro de H. Tischler.—Aprovechándose de la ausencia de su dueña, posesionáronse los tres fálderos del cómodo sofá con ánimo sin duda de echar en él tranquilamente una siestecita; de pronto, sintiéronse alarmados por el ruido de pasos que se acercaban, y comprendiendo que iban á ver perturbada aquella injusta posesión, dispusieron á defender el puesto tan fácilmente conquistado. ¡Pobres ilusos! En vano adoptan actitudes amenazadoras, lanzan débiles ladridos y muestran sus colmillos diminutos; su pretendido valor se desvanecerá como el humo en cuanto les suelten un grito, y corridos y cabizbajos se irán á su rincón acostumbrado, y tendiéndose sobre blanda alfombra, acariciados por la suave mano de su ama, olvidarán sus pujos de independencia y se considerarán muy dichosos en una esclavitud que les proporciona cuantos goces puede un perro apetecer en este mundo.



SMITH PIGOTT, el pretendido nuevo Mesías

Bellas Artes.—BARCELONA.—En el Círculo Artístico se ha inaugurado una exposición en la que figuran notables pinturas de Tamburini, Ribera, Lorenzale, Moreno Carbonero, Alvarez, López Cabrera, Jiménez Aranda, Urgellés, Coll, Galofre Oller, Carlos Pellicer, Leopoldo Roca, Trías, Luis Masriera, Cusachs, Ros, Larraga, Capdevila, Casals, Agudo, Durán, Pelegrí, Culler, Bori, Gibert, Grau, Ricart, Freixa, Roig y Soler, Meifrén, Manzano, Alperiz, Larraga, Raurich, Risueño y Thorn. En la sección de escultura hay obras de Marinas, Querol, Montserrat, Atché, Escaler, Suñol, Tasso, Bañuls, González, Bilbao, Arnau y Borrás; en la de fotografía hay expuestas producciones de Massó, Planella, Torras, Napoleón, Casas Abarca, Nadal, Armengol, Puntas, Rosés, Calvo, Artiñano, Chaloux y Labielle.

En el mismo local se ha instalado el diorama del conocido cuadro de Galofre Oller *Boria Avall*, que produce un efecto bellísimo.

—El día 19 de septiembre último, varios artistas, amigos y admiradores del distinguido escultor D. Agustín Querol ofreciéronle un banquete en el restaurant Prince como muestra de afecto y consideración por el reciente triunfo obtenido en Lima, con motivo del primer premio alcanzado en el público concurso para erigir un monumento al coronel Bolognesi, y por la muy honrosa distinción concedida al eximio escultor por nuestro soberano, consistente en la Gran Cruz de Alfonso XII. Mas de ciento fueron los que se reunieron para aplaudir á nuestro querido amigo, figurando entre ellos el Alcalde de nuestra ciudad, concejales, escritores, artistas, periodistas, etc., resultando un acto sumamente agradable, ya que tuvo por objeto rendir tributo de admiración á una de las glorias artísticas de nuestro país.

BRUSELAS.—El gran escultor belga Meunier hace años que está trabajando en un monumento al Trabajo que constituye el pensamiento predilecto de su carrera artística; el gobierno de Bélgica, deseando que esta obra, que á juzgar por lo que de ella hay hecho será una de las más importantes de la plástica moderna, sea propiedad de la ciudad de Bruselas, se la ha comprado al autor, para cuando la tenga terminada, por la cantidad de 250.000 francos.

SAN LUIS.—El comité de la Exposición que habrá de celebrarse en San Luis (Estados Unidos) en 1904 ha convocado un concurso para un cartel en el cual habrá de estar simbolizada la cesión de la Luisiana á los Estados Unidos en 1803. En el concurso podrán tomar parte los artistas de todas las naciones; el plazo de envío termina en 5 de noviembre próximo y el premio que se adjudicará es de 10.000 francos.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

— ¿Y qué hemos ganado? Una curación á medias con la cual no puede contarse apenas transcurridos unos pocos meses... Sea sincero, doctor, ¿cree usted que mi hijo no puede soportar ya este clima?

— Por ahora sería...
— No hablemos de «por ahora.» Dígame toda la verdad, no más que la verdad: doctor, ¿cree usted posible que Enrique pueda estar algún día en condiciones tales que le permitan vivir siempre en Odensberg, llegar á ser, primero mi auxiliar y después mi sucesor, como esperé cuando en la primavera le vi regresar aparentemente curado?

Y con ansiedad infinita, el anciano padre miraba fijamente al doctor, y esperaba temblando la respuesta. Wildenrod se había separado de la ventana; el doctor vacilaba..., le costaba demasiado contestar á aquellas preguntas categóricas.

— ¿Quiere usted, señor Dernburg, que le diga la verdad? Pues bien: voy á exponer á usted la situación con toda franqueza, dijo Hagenbach con acento grave. Una larga permanencia en los climas cálidos es cuestión de vida ó muerte para su hijo; no obro por capricho prescribiéndole esto. Durante el verano podrá venir á pasar algunos meses en Odensberg; pero el invierno entre nuestras montañas no es para él, como tampoco es para él... la vida de trabajo, de ocupación... Enrique no debe ocuparse en nada; este es mi firme convencimiento..., compartido y apoyado por otros muchos que pueden ser mis maestros.

Wildenrod hizo un gesto involuntario al oír esta declaración hecha con tanta sinceridad. Dernburg nada dijo, y se limitó á dejar caer la cabeza sobre la mano, anonadado por aquella sentencia final.

— Esto significa, dijo al fin como hablando consigo mismo, dar un adiós á todos los sueños, á todos los planes de mi vida... A pesar de que todo me indicaba lo contrario, alentaba todavía alguna esperanza..., pero ¡qué le hemos de hacer!., con tal de conservar la vida á Enrique..., ¡es mi único varón!.. Renunciaré á todas mis ilusiones, á todo..., ¡que se vaya á Italia!, ¡que se construya allí una casa, que la embellezca! Puedo dejarle hacer todo esto, con tal de que viva, terminó diciendo, lanzando un suspiro que indicaba cuán duro para él era el sacrificio.

Después, volviéndose al doctor, le dijo tendiéndole la mano:

— Doctor, gracias por su sinceridad; sé lo mucho que debe haberle costado tener que hablarme tan crudamente; pero aun tratándose de la verdad amarga, es mejor conocerla y decidirse á aceptarla... Volveremos á ocuparnos de ello cuando sea ocasión oportuna para escoger el sitio más indicado para Enrique.

Hagenbach se levantó y despidióse.
Después de un largo silencio, Wildenrod dijo en voz baja:

extrañas?, dijo Oscar con tono insinuante. Por medio de su hija puede conquistarse un hijo..., ¿por qué no quiere usted concederme los derechos filiales?

— No, no, exclamó Dernburg moviendo la mano con un ademán negativo. Por ahora no... No hablemos de eso.

— Al contrario, quiero hablar ahora de ello. Acogió usted mi petición de una manera que no esperaba ni merecía, y me la reprochó como si hubiese cometido una mala acción.

— Y realmente la cometió usted. No debía usted hablar de amor á una niña de diez y seis años; no debía ligarla á usted con una confesión amorosa antes de haber consultado con su padre. Puede perdonarse á un muchacho que se deje arrastrar por una impresión, por una pasión de momento; pero no se perdona á un hombre de la edad de usted, barón.

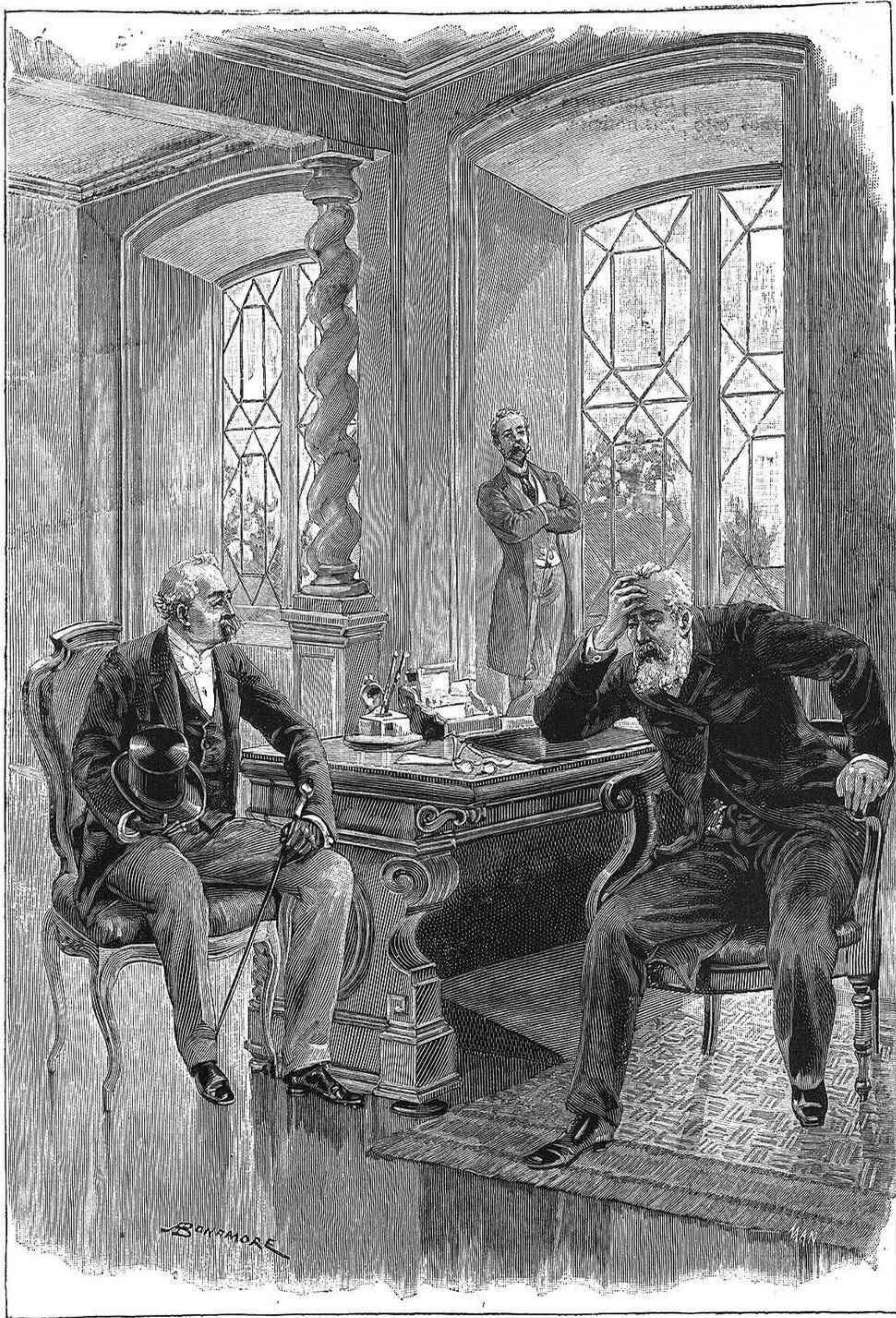
— Aquel momento me proporcionó la felicidad más grande de mi vida..., no me lo eche en cara, exclamó Oscar con calor. Aquel momento me dió la certeza del amor de Maya... Maya y yo esperábamos que usted nos acogiera benévolutamente y nos daría su consentimiento, y por el contrario, nos vemos condenados á esperar indefinidamente. Y aun no contento con esto, nos separa y se priva usted mismo de Maya con tal de que no esté cerca de mí.

— ¿Y qué otra cosa podía hacer? Después de la declaración intempestiva de usted, era imposible que usted y Maya siguieran viviendo bajo el mismo techo, no consintiendo yo inmediatamente en contraer formal compromiso.

— ¡Consienta ahora, Sr. Dernburg! El corazón de Maya es mío, y ni el tiempo ni la separación podrán modificar estos sentimientos. ¡Consienta, ahora que su hijo ha de

marcharse lejos! ¡Déjeme ocupar su puesto! He tomado cariño á Odensberg y puedo dedicarme á él con toda la fuerza del hombre cansado de su propia inutilidad y ávido de comenzar una vida nueva. ¿Por qué se obstina usted en decir que no? ¿Sólo porque entre Maya y yo media una diferencia de edad de veinte años? Bien sabe Dios cuánto daría por poder rescatar estos años, pero ¿habremos de ser por esto infelices?

Wildenrod hablaba con acento suplicante, ardiente, y no habría podido escoger un momento más propicio para hacerse escuchar y llegar al alma de aquel hombre que estaba sentado allí, con el semblante sombrío, contemplando con mirada dolorida la ruina de sus castillos en el aire, herido en las más caras esperanzas que sobre su hijo cifrara, en los sueños que acariciara acerca del joven fuerte y altivo á quien había esperado ver al lado del hijo débil



Dernburg nada dijo, y se limitó á dejar caer la cabeza sobre la mano

— ¿No esperaba usted esta respuesta tan absoluta, Sr. Dernburg? Yo sí, desgraciadamente. Pero se trata del bien de su hijo, y así usted como Enrique habrán de resignarse más fácilmente con la separación.

— Enrique se resignará pronto fácilmente, exclamó Dernburg con profunda amargura. Enrique ha mirado siempre con terror la vida de trabajo que le esperaba, ha odiado siempre este inmenso movimiento del cual habría algún día tenido la dirección, la responsabilidad, los deberes. No, Enrique será feliz viviendo ocioso junto á su mar azul, ocupándose de su villa y de sus cosas y como sumido en un sueño..., y yo habré de permanecer aquí solo, trabajar sin descanso, ¿y para qué? Para que un día mi Odensberg, la obra de mi existencia, pase á manos extrañas! ¡Es muy duro esto!

— ¿Pero será preciso que Odensberg pase á manos

é inepto... Hasta este último sueño se desvanecía desde el instante en que el corazón de Maya no era ya libre... Y ahora se le presentaba una ocasión de no separarse de la hija amada concediéndola al hombre por ella elegido; y este hombre estaba dispuesto á compensarle, con sus dotes vigorosas, de todo cuanto perdía... Dernburg vacilaba, pero su resolución no estaba lejos.

- Es un paso muy grave y precisa pensar en las consecuencias, dijo al fin. Aun admitiendo que usted esté dispuesto á cambiar radicalmente su sistema de vida, la tarea que le espera no es ligera, y ahora quizás le atrae precisamente porque es nueva para usted. Pero la actividad constante, continua...

- La adquiriré, la conquistaré. Ya que tantas veces me ha llamado usted en broma su ayudante, sírvame ahora seriamente de maestro, de guía, y yo le prometo que no tendrá por qué avergonzarse de su discípulo. Trabajaré, sí, trabajaré asiduamente, con toda el alma, porque veo que el trabajo trae consigo la dicha... Consienta, Sr. Dernburg, y no se arrepentirá usted. Ha concedido usted á Enrique que sea feliz á su modo, ¿por qué negarnos esto mismo á Maya y á mí?

- Veremos, dijo Dernburg en tono conciliador. Dentro de tres semanas se celebrará la boda de Enrique y para entonces Maya vendrá á Odensberg.

- ¿Y entonces nos desposaremos?, exclamó Oscar con ímpetu. ¡Gracias, gracias! Es usted un padre severo, pero bueno.

Dernburg se sonrió, y si bien no aceptó, tampoco rechazó aquellas muestras de agradecimiento.

- Ahora, basta; de lo contrario, con su furiosa insistencia me haría usted hacer cuanto usted quisiera. Y es preciso que piense en los negocios... Dentro de un rato vendrá Egberto para presentar su informe semanal.

La expresión radiante desapareció del rostro de Wildenrod y por un instante asomó á sus labios una sonrisa irónica. Después dijo con aire indiferente:

- Tendrá mucho que hacer ahora el Sr. Runeck por otras razones: su partido se agita mucho.

- Sí, respondió Dernburg tranquilamente sin recoger la indirecta. Se agita mucho: los socialistas se mueven porque parece que por vez primera quieren presentar un candidato en nuestro colegio.

- Parece que sí. ¿Y sabe usted cuál es el candidato en quien se han fijado?

- No, pero supongo que será Landsfeld, que siempre actúa de jefe. ¡Oh! Landsfeld es un agitador vulgar capaz sólo de azuzar, de exaltar á la gente, pero es demasiado ignorante. Naturalmente aspira á que le designen como candidato, pero el partido conoce á sus individuos; y cuando llegue la hora, ciertamente no lo propondrán. Por otra parte, los socialistas no piensan combatirme.

- ¿Lo cree usted así?, dijo el barón mirando al anciano de una manera extraña. El Sr. Runeck debe, sin embargo, estar enterado de ello.

- Ya lo sé que Egberto tiene ahora que decidirse, repuso Dernburg, impaciente y encogiéndose de hombros. Pero si se pone al lado de su partido y, por ende, en contra mía, todo habrá terminado entre los dos.

- Runeck se ha decidido ya, replicó Wildenrod fríamente. Usted no conoce todavía el nombre del candidato socialista, Sr. Dernburg; pues bien, yo le conozco y sé que se relaciona con Odensberg y con usted: se llama... Egberto Runeck.

El anciano vaciló en la silla como si hubiese recibido un violento golpe en la cabeza; después miró fijamente al barón como para ver si se había vuelto loco, y por fin exclamó con energía:

- No es verdad.

- Dispense usted, pero lo sé de un modo seguro.

- No es verdad, repito; le han enterado á usted mal.

- No es probable; pero usted mismo podrá averiguarlo con certeza, ahora que va á venir Runeck.

Dernburg se levantó y comenzó á dar paseos por el despacho. ¡Era inútil! Cuanto más pensaba en ello, tanto más imposible le parecía la cosa.

- ¡Qué locura! Egberto no se presta á esas farsas; sabe demasiado qué clase de adversario soy yo; y Egberto no se pone en contra mía.

- ¿Por qué?, preguntó Oscar irónicamente. Runeck está muy por encima de ciertas anticuadas preocupaciones de gratitud, de sumisión, de dependencia... Estos sentimientos han pasado ya de moda... Pero volviendo á la elección del Sr. Runeck, ¿quién le dice á usted que su triunfo sea incierto y dependa de una lucha? Runeck hace algunos meses que está en Radefeld solo, sin que nadie le vigile, con dos ó trescientos obreros á sus órdenes, y natu-

ralmente, no habrá desperdiciado esta ocasión propicia y se habrá asegurado el voto de sus subordinados, cada uno de los cuales le habrá proporcionado diez, veinte más entre los compañeros de Odensberg. ¡Oh! Créame usted, Runeck no ha perdido el tiempo.

Dernburg callaba, pero seguía paseándose cada vez más violentamente y con el semblante más agitado, mientras Wildenrod continuaba diciendo:

- ¡Y usted ha colmado de beneficios á ese hombre! ¡Y á usted debe Runeck su educación, su instrucción, su posición, todo cuanto es! Todo el mundo le envidia, y él esgrime secretamente sus armas contra usted y quiere derrotarle con los votos de su propia gente de Odensberg. ¡Es inaudito!

- ¿Pero usted lo cree posible?, preguntó Dernburg con aspereza. Yo creo que ni siquiera hemos de pensar en ello.

- ¡Allá veremos! Pero de todos modos es indudable que lo intentarán..., y esto es ya mucho. Runeck, ciertamente, ha callado hasta ahora...; pero no hablemos más, veo que usted no da crédito á mis noticias.

- No; mas de todos modos, hablaré de este asunto con Egberto.

- Sí, porque usted le obligará á explicarse; pero sufro sólo de pensar que pasará usted un mal rato..., veo que la sola idea de la posibilidad le hace daño.

- Oscar, váyase usted ahora, se lo ruego, dijo Dernburg interrumpiéndole. Egberto puede venir de un momento á otro, y por lo mismo que no sé el sesgo que tomará la conversación, prefiero estar solo.

El barón saludó, estrechó con afectuosa expansión la mano del anciano y salió. Sus ojos brillaban con expresión de triunfo. ¡Al fin, al fin ponía el pie en el suelo del que un día llegaría á ser dueño absoluto! Muerto Dernburg y viviendo Enrique siempre en el extranjero, ¿quién sería el amo de Odensberg? ¡Al fin, al fin se realizaban los antiguos sueños ambiciosos de poder y de riqueza y se añadía á ellos el dulce inesperado encanto de un amor ardiente correspondido!.. Dentro de poco alcanzaría la suspirada meta, y el pasado quedaría borrado para siempre.

Mientras Wildenrod atravesaba la antesala, abrióse la puerta y entró Egberto Runeck: involuntariamente el barón retrocedió un paso y el mismo Runeck se estremeció y se quedó inmóvil en la puerta, como si quisiera impedirle la salida. Durante algunos segundos se miraron fijamente; uno á otro; luego Oscar preguntó bruscamente:

- ¿Tiene usted algo que decirme, Sr. Runeck?

- Por ahora no, respondió el joven con frialdad; tal vez más adelante.

- Falta saber si tendré tiempo y ganas de escucharle.

- ¡Creo que tendrá usted tiempo sobrado para ello, Sr. de Wildenrod!

Las miradas de aquellos dos hombres encontráronse nuevamente, la del uno llena de odio, llena de tremenda amenaza la del otro. Al fin Oscar dijo con altivez:

- Mientras llega ese día, le ruego que me deje pasar, porque quiero salir.

Runeck se apartó lentamente y el barón pasó por su lado con la misma sonrisa sardónica y triunfante de poco antes. No, ya no temía el peligro que hasta entonces le amenazara; estaba seguro de su suerte y de que aunque Runeck hablase nadie daría crédito ni oídos á sus palabras. No, la escena que iba á desarrollarse en el despacho de Dernburg había de destruir á su enemigo.

Cuando Runeck entró en el despacho de su principal, encontró á éste sentado al escritorio y se vió acogido como de costumbre. Pero cuando cogió la cartera y la abrió, Dernburg le detuvo.

- Deja esto; ya me darás el informe luego. Ahora debo hablarte de cosas más importantes.

- Dispéñeme usted; pero ¿quiere antes concederme unos minutos de atención?, preguntó Egberto sacando varios papeles de la cartera. Las obras de Radefeld están casi terminadas, como usted sabe; la perforación del Buchberg se ha realizado con éxito satisfactorio y todo el caudal de agua es conducido á Odensberg; aquí tiene usted el croquis. Se trata ahora de enlazar esta conducción con las minas, y este es un trabajo que, si yo me retiro, podrá llevar á cabo cualquier otro en mi lugar.

- ¿Si te retiras? ¿Y por qué? ¿No quieres terminar las obras?

- No, y precisamente he venido para despedirme. Egberto hablaba con voz extraña, procurando no mirar á su jefe; éste no hizo el menor ademán de asombro, sino que se limitó á cruzarse de brazos y á apoyarse en el respaldo de la silla.

- Tú sabes lo que te conviene: si quieres marcharte, no seré yo quien te detenga; pero creí que antes terminarías la obra comenzada, pues no acostumbrabas á dejar las cosas á medio hacer.

- Precisamente por esto me marchó; me llaman para cumplir otro deber.

- ¿Que hace tu permanencia en Odensberg imposible?

- Sí.

Una expresión de dolor intenso sombreó el rostro de Dernburg. Aquello era la confirmación de lo que no había querido creer.

- ¿Te refieres á las elecciones?, preguntó con calma glacial. Conque es cierto que los socialistas presentan un candidato y que estás resuelto á votarle; así me explico que quieras marcharte: tu puesto de confianza en Radefeld y tu posición en mi casa son insostenibles, porque..., no nos engañemos, os preparáis para combatirme.

Egberto miraba fijamente al suelo: la confesión le resultaba difícilísima, y el Sr. Dernburg no le allanaba el camino con ninguna palabra, con ninguna ayuda. De pronto se irguió y con acento resuelto dijo:

- Sr. Dernburg, he de decirle todavía algo que... quizás usted interpretará mal..., pero que es forzoso que usted sepa. El candidato de mi partido... soy yo.

- ¿Y te rebajas hasta el punto de venir á decirme con tus propios labios?, preguntó el anciano lentamente. Nunca lo hubiera creído de ti; sin embargo, la sorpresa habría sido más completa si hubiese sabido la noticia por los diarios.

- Pero usted sabía ya...

- Lo que hasta hoy has tenido á bien callarme. Sí, lo sé, y te auguro buena suerte. No se dirá que eres tímido: á los veintiocho años pretendes un honor al que yo sólo he creído poder aspirar después de una vida de trabajo asiduo, después de haberme hecho conocer en mi país, cuando ya tenía canas... Tú, por el contrario, saltas por encima de los años de noviciado y te eriges en tribuno del pueblo. ¡Magnífico!

Egberto escuchaba, ora pálido, ora con el rostro encendido, y su voz temblaba cuando respondió:

- Ya temía que tomaría usted la cosa de este modo, y ahora que veo realizados mis temores, se me hace aún más penosa la situación en que me encuentro por virtud de los acuerdos de mi partido. He luchado hasta el último momento, y al fin me han...

- ¿Obligado, no es esto?, interrumpióle Dernburg lanzando una amarga carcajada. Naturalmente, eres una víctima de tus opiniones; ya me figuraba que vendrías con esta excusa; pero no te preocupes por esto; comprendo perfectamente el estado de las cosas.

- No tengo costumbre de mentir, bien lo sabe usted, dijo Runeck con acento sombrío.

Dernburg levantóse y se acercó á Egberto.

- ¿Por qué volviste si sabías que no podríamos marchar de acuerdo? No lo comprendo..., no tenías necesidad del puesto que te ofrecía..., tenías delante amplios horizontes... Pero ¿qué te pregunto? ¡Ahora me explico, ahora veo el porqué! Has venido para preparar la lucha contra mí, para minarme el suelo bajo los pies, para prepararme la traición en mi propia casa, y derrotarme y destruirme...

- ¡No, no he hecho tal cosa!, gritó Egberto. Cuando vine, nadie pensaba en mi elección; al contrario, se hablaba de Landsfeld. Hasta el mes pasado no se echó á volar mi nombre y en estos últimos días ha sido cosa resuelta..., pero no he podido hablar antes porque se trataba de un asunto secreto.

- ¡De veras! Han calculado bien, porque ni Landsfeld ni ningún otro habría tenido la menor probabilidad de éxito tratándose de derrotarme á mí; se ve que antes han tanteado el terreno y han visto que no era prudente arriesgarse. En cambio tú, hijo de obreros, crecido entre mi gente, llegado tan joven á tan alta posición, eres el orgullo de estos trabajadores, y si además te encargas de explicarles que yo soy un tirano, un opresor que desde hace años los atropella y los explota; si les prometes la edad de oro como consecuencia de una transformación de las cosas, ¡oh, ya lo verás!, les persuadirás en seguida, les convencerás á todos. Eres ciertamente un gran orador y no te faltarán medios de verter tus ideas de la manera más á propósito. Y si el hombre que en mi casa ha sido como un hijo se pone al frente de ellos para guiarlos contra mí, será para ellos prueba segura de que su causa debe ser la justa, la verdadera y lo jurarán todos.

Egberto soportaba con la cabeza baja aquel torrente de palabras, que no eran sino repetición de las pronunciadas pocos meses antes por Landsfeld.

Dernburg, erguido, altivo, prosiguió clavando en él sus ojos penetrantes:

— Pero ¿qué resultará al final? ¿Ya veremos si mis obreros pueden olvidar que desde hace treinta años trabajo siempre con ellos y para ellos! ¿Ya veremos si pueden romperse en un instante los lazos formados durante la vida de un hombre! ¡Prueba á ver si vences! Ciertamente que si alguien puede vencer, ese alguien eres tú que, educado en mi escuela, sabrás por dónde has de herirme.

Egberto, pálido como un cadáver, con el semblante descompuesto por la lucha que en su interior sostenía, levantó los ojos.

— Me condena usted, dijo, y acaso si estuviera en mi lugar obraría como yo. Usted mismo me ha dicho repetidas veces que la disciplina es la primera, la suprema ley de toda gran empresa; yo he tenido que someterme á esta ley de hierro, y sólo yo sé lo que me ha costado.

— Sí, la disciplina es la ley principal en esta casa; pero si yo exijo obediencia á mis gentes, no la empleo para servicios de traición, dijo Dernburg fríamente.

Egberto se estremeció y fijó en el anciano sus ojos, en los cuales brillaba un relámpago misterioso.

— Sr. Dernburg, es verdad que de usted puedo soportar muchas cosas, especialmente en este instante; pero semejante palabra es demasiado dura para que pueda tolerarla.

— Pero debes tolerarla. ¿Qué has hecho, si no, allá en Radefeld?

— Nada de que no pueda responder ante usted y ante mí mismo.

— En tal caso has cumplido mal tu misión y te lo harán expiar. Pero inútil que hablemos del pasado; vengamos al presente. ¿Conque eres el candidato de tu partido? ¿Y has aceptado la candidatura?

— El partido así lo ha resuelto y por esto he debido aceptar.

— ¡He debido! Esta es la palabra que á cada momento repites; antes no *debías*, *querías* tan sólo. Me considerabas como un tirano porque no aprobaba inmediatamente tus ideas *para el bien del pueblo*, rechazabas mi mano que quería guiarte..., ¡querías la vía libre en la vida! ¡La vía libre! ¿Y á esto llamas tú vía libre?, á estos obstáculos con que tus pies tropiezan, á ese yugo que atrofia tus ideas y tu voluntad, que te hace destruir y olvidar el pasado y todo cuanto debiera ser sagrado para ti, que te rebaja hasta convertirte en traidor... ¡No te incomodes Egberto, que es tal como te digo! No debías volver á Odensberg si sabías que había de llegar un instante como éste; no debías permanecer aquí en cuanto supiste que te querían poner en contra mía; pero lejos de esto, viniste y te has quedado porque te lo han impuesto. Llámalo como quieras, mas para mí esto es una traición. Y ahora, vete, todo ha concluido entre los dos, terminó diciendo y volvió la espalda al joven.

Pero éste se le acercó, diciéndole:

— Sr. Dernburg, no me despida de este modo..., no puedo separarme de usted así..., usted ha sido para mí un verdadero padre y yo...

Era verdaderamente conmovedora, en un hombre reservado y frío como Runeck, aquella explosión de angustioso dolor; pero el anciano, ofendido, no lo vio así ó no quiso verlo, y exclamó, como para acentuar su reproche:

— ¿Y el hijo levanta la mano contra su padre? Sí, es verdad; con todo mi corazón te habría dado el nombre y el lugar de hijo y habrías llegado á ser dueño de Odensberg. En cambio, ¡ve á ver si tus colegas sabrán recompensarte el sacrificio que por ellos haces!. Pero basta ya; todo ha terminado, ¡vete!

Con paso lento, sin pronunciar una palabra más, atravesó Egberto la estancia; al llegar á la puerta, se detuvo, fijó una mirada dolorida en el anciano, que le volvía la espalda, vaciló un instante y salió cerrando la puerta.

Dernburg se dejó caer entonces en una silla y ocultó el rostro entre las manos; aquel sufrimiento era el más cruel de todos cuantos había padecido. ¡Hacía tantos años que amaba á Egberto con cariño profundo! Lleno de orgullo por el desenvolvimiento de aquella potente naturaleza, tan parecida á la suya, había pensado tenerlo á su lado durante el resto de su vida; y ahora le parecía perder con el joven para siempre la mejor parte de su ser.

A Runeck parecía que el suelo ardía bajo sus pies, mientras atravesaba la vasta antesala; no veía el momento de encontrarse al aire libre, solo con su sufrimiento..., porque sufría, sí, sufría lo indecible, sintiendo en toda su intensidad cuán caro le era aquello que había perdido, comprendiendo toda la magnitud del sacrificio que hacía... ¿á quién? ¡Ay!

Había pasado el instante de entusiasmo ardiente en que no se pregunta nada ni de nada se duda... Ya no era dueño de sus acciones, de sus resoluciones; ya no podía *querer* sino que *debía*.

Estaba ya casi en la puerta cuando un roce de seda le hizo levantar los ojos y se encontró con la baronesa de Wildenrod, cuyo rostro estaba más blanco que el blanco traje que llevaba. Egberto hizo ademán de saludar y salir, pero la joven extendió el brazo para detenerle y murmuró:

— ¡Sr. Runeck!

— ¡Baronesa!

— He de hablar á usted.

— ¿A mí?, preguntó Egberto creyendo haber oído mal.

— Sí, he de hablarle á solas, se lo ruego.

— Estoy á sus órdenes.

Cecilia lo condujo á una salita en donde en aquella hora nadie seguramente les sorprendería y en donde, caso de que alguien entrara, podía parecer casual el encuentro de los dos jóvenes. La baronesa no se sentó; apoyóse en la chimenea, vuelta de espaldas á la espléndida luz del sol que por las amplias ventanas penetraba en la habitación, y en esta actitud permaneció un rato silenciosa. Runeck, de pie junto á ella, callaba también y la contemplaba. Tenía razón Enrique. ¿Dónde estaba la hermosa prometida, llena de vida y de animación y radiante de alegría, de pocos meses atrás? ¿Qué había hecho para convertirse en la criatura pálida, delgada, de grandes ojos hundidos y con la boca siempre contraída dolorosamente, que estaba delante de él, temblorosa y tratando de encontrar la voz que le permitiera hablar?

— Quería escribirle, dijo al fin con acento fatigado, pero he sabido que había usted venido á ver al Sr. Dernburg, y he preferido hablarle. Es preciso que tengamos una explicación.

Callóse esperando tal vez una respuesta; pero el joven se limitó á inclinar la cabeza. Entonces prosiguió, haciendo para ello un gran esfuerzo:

— He de recordarle nuestro encuentro en el Albenstein, aunque creo que no lo habrá usted olvidado; en cuanto á mí, recuerdo aún las palabras, las amenazas que lanzó usted aquel día contra mí. Aquellas palabras y aquellas amenazas, ni las comprendí entonces ni las he llegado á comprender todavía; pero desde entonces sé que usted es enemigo mío y de mi hermano...

— De usted no, señorita, exclamó Runeck interrumpiéndola. Había incurrido en un grave error del que entonces me di cuenta, y le pedí perdón, sin conseguir que me lo otorgara. Mis palabras, mis amenazas iban dirigidas á otra persona.

— Esta otra persona es mi hermano, dijo Cecilia alzando lentamente los ojos suplicantes y angustiados, y todo lo que á él afecta me afecta á mí. Si usted le hablase como me habló á mí aquella mañana, la conclusión sería tremenda, sangrienta..., por esto tiemblo desde aquel día y ahora no he podido resistir más... Quiero tener una certeza... ¿Qué piensa usted hacer?

— ¿Se ha enterado su hermano de usted de nuestra conversación en el Albenstein?

— Sí.

Esta palabra apenas se oyó, pero Runeck comprendióla y no preguntó qué había dicho Wildenrod: la mirada descompuesta de Cecilia era bastante clara.

— Está usted tranquila, dijo. El choque que le da tanto miedo no se verificará: mañana parto de Radefeld y de Odensberg; y cuando usted se haya casado con Enrique y haya emprendido el viaje á Italia, el Sr. Wildenrod ya no tendrá motivo alguno para permanecer aquí, con lo cual desaparecerá toda ocasión de que nos encontremos. En cuanto á usted..., sé que no es usted peligrosa para Odensberg ni para la familia Dernburg.

Runeck no sabía todo el daño que sus palabras hacían á Cecilia; ésta conocía los proyectos temerarios de Oscar y la manera como preparaba el terreno para llegar á hacerse dueño de Odensberg, pero se calló á fin de no empeorar la situación.

Reinaba en la estancia un silencio profundo, uno de esos silencios que dominan la naturaleza y á todos los seres; únicamente se oía el tic tac del reloj que marcaba los segundos. ¡Cuán rápidos vuelan los minutos en la hora de la despedida!

Egberto dió un paso hacia la joven, que tenía la vista fija en el suelo y con el codo puesto sobre el mármol de la chimenea apoyaba la mejilla en la mano.

— Señorita, dijo con voz temblorosa, he sido injusto con usted, muy injusto hablándole como le hablé despiadadamente, y esta injusticia no puede usted perdonármela... Pero yo no sospechaba que

la hubiesen tenido á usted ignorante de cuanto la rodeaba... Señorita, ¿quiere usted escuchar mi última súplica?

La joven hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— Su matrimonio la libra de esta posición, del yugo de su hermano: líbrese también de su influencia, cueste lo que cueste; no le dé poder sobre usted para su porvenir, pues es un poder desastroso que conduce á la ruina. Ahora tengo la seguridad de todo cuanto antes sospechaba: la senda que sigue el barón conduce á un abismo... que sólo Dios sabe dónde acaba.

Cecilia se estremeció violentamente: aquellas palabras le recordaban la amenaza de Oscar cuando ella se había negado á continuar en Odensberg y parecía tener delante de sus ojos al padre muerto por su propia mano...

— ¡Basta, Sr. Runeck!, exclamó levantando las manos en ademán suplicante. ¡Es mi hermano!

— Sí, es su hermano; pero usted no me contradice, usted sabe...

— ¡Yo no sé nada!, gritó la joven volviéndose de cara á Runeck con los brazos extendidos. ¡No quiero saber nada! ¡Oh, Dios mío! ¡Tenga usted compasión de mí!, suplicó cubriéndose la cara con las manos.

Egberto la vió vacilar, y como aquel día en el Albenstein, acudió solícito á socorrerla; rodeó con su brazo el cuerpo de Cecilia, y como aquella otra vez, el hermoso rostro pálido se dejó caer sobre su hombro.

Entonces, una palabra salió de los labios severos de Runeck, una sola:

— ¡Cecilia!

Pero aquella palabra era tan ardiente, tan apasionada, que Cecilia abrió sus grandes ojos; sus párpados se alzaron lentamente y las pupilas de los dos jóvenes se encontraron por un instante..., que fué como una eternidad.

El reloj dió las doce. Egberto dejó caer los brazos y Cecilia se irguió.

— ¡Haga usted dichoso á Enrique!, murmuró Runeck con voz ahogada. ¡Adiós, Cecilia!

Y salió. En la estancia resonó un llanto desgarrador: la joven, con la cabeza apoyada en el mármol de la chimenea, lloraba como si el corazón le estallara en pedazos.

XIII

Las habitaciones de los innumerables empleados de Odensberg constituían una especie de pequeña ciudad, de la cual formaba también parte la casita suiza del doctor Hagenbach.

Era una casa construída para una familia numerosa, pero el doctor, solterón empedernido, vivía en ella hacía muchos años solo con su vieja sierviente, á la que últimamente se agregó la compañía de su sobrino.

Gozaba el doctor de mucha fama, no sólo en Odensberg, sino también fuera de allí; de todas partes le llamaban á menudo, y cuando estaba en su casa no le faltaban nunca visitas. Aquel día, en la sala de consultas, había un nuevo paciente que, á decir verdad, no tenía el aspecto de enfermo. Era un hombre de unos cuarenta años, bastante corpulento; estaba sentado, con las manos cruzadas sobre una gran barriga, y los ojos pequeños ocultos por las gruesas y sonrosadas mejillas, y enumeraba una porción de enfermedades de todas clases. De pronto Hagenbach le interrumpió diciéndole con tono de impaciencia:

— Pero todas estas cosas me las ha contado usted ya tantas veces, que me las sé de memoria. Mi querido Sr. Willmann, le diré lo de siempre: se cuida usted demasiado de su persona, y hasta que no siga mis consejos, moderándose en la comida y en la bebida y haciendo ejercicio, todos los remedios que le recete serán inútiles.

— ¿Moderarme?, repitió Willmann con acento quejumbroso. ¡Si soy la moderación en persona! Pero sucede, señor doctor, que un posadero es muchas veces víctima de su profesión..., de cuando en cuando se hace preciso charlar y beber con los parroquianos; esto es inevitable y...

— Y usted acepta con gran resignación el martirio, ¡naturalmente! Pues continúe usted así; pero luego no venga á pedirme ayuda. Además de que estoy tan ocupado con los enfermos de Odensberg, que no tengo apenas tiempo para ocuparme de otros enfermos. ¿Por qué no consulta usted con los otros colegas míos, que tienen más tiempo que yo?

— Porque no me inspiran confianza, respondió Willmann sin alterarse por aquella brusca pregunta. En cambio, ¡tengo tanta en usted, señor doctor!

(Continuará.)

ESCULTURA DECORATIVA

Si grande fué la influencia que la escultura ejerció en el que pudiéramos llamar arte íntimo durante el glorioso período del Renacimiento, justo es consignar que en los tiempos actuales no ha permanecido el arte plástico ocioso, sino que, por el contrario, desempeña importantísimo cometido dentro de aquella esfera, aportando á la decoración su valioso y bello concurso.

La actividad artística, que ha sucedido al largo característico de ese lapso de vacilación é incertidumbres, refléjase en todas las manifestaciones. El deseo de embellecer, de decorar, se vulgariza,



MASCARILLA DECORATIVA, obra de Lamberto Escaler

za, por fortuna; y aunque no siempre se inspira en conceptos razonables y admisibles, preciso es aplaudir tan provechosos impulsos, puesto que revelan mayor suma de cultura y perfección. Abandónase el rutinarismo y la inocentona trivialidad, para obtener efectos de la combinación de líneas y tonos, ofreciéndose al artista vasto campo para dar muestra de su fantasía. La prosaica simetría ha pasado á formar parte de la lista de los recuerdos, y el artista la ha reemplazado por la ponderación. Y tal es el poderoso influjo que ejerce, que la moderna evolución realiza nuevas y positivas conquistas, invadiendo desde el estudio del artista al taller del artífice, para instalarse en la vivienda. Véanse las bellísimas obras de orfebrería, fundición, cerrajería, mobiliario y cuantos elementos concurren para procurarnos en el hogar utilidad y solaz al espíritu; en todos, hoy, obsérvase el poderoso influjo que el arte ejerce. Al calor de este movimiento adquieren creciente vida y desarrollo todas las industrias, contribuyendo al



MEDALLÓN DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

embellecimiento de todo cuanto utilizamos, desde lo más trivial á lo más importante.

En este armónico conjunto, que en nuestra ciudad puede observarse más que en otro centro peninsular,

brilla y se destaca una especialidad, creada, por así decirlo, con carácter personal y de localidad. Nos referimos á las preciosas esculturas decorativas, apropiado adorno de los salones, que ejecuta el joven artista Lamberto Escaler. Hace algunos meses, pudimos dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus obras, exponiendo con tal motivo las consideraciones que nos sugirió su estudio. Hoy hemos, pues, de referirnos, al reproducir otras producciones, no menos interesantes, á los conceptos que entonces emitimos; permitiéndonos únicamente llamar la atención respecto del buen gusto y originalidad del artista, quien con aparente facilidad logra ejecutar tan agradables obras.

A. G. LLANSÓ.

* * *

LOS INSECTOS DE LOS LIBROS

M. Hiriart, bibliotecario de la ciudad de Bayona, presentó en el congreso de bibliotecarios celebrado en 1900 una comunicación muy interesante acerca de los insectos que tantos destrozos causan en las bibliotecas. De los debates á que dicha comunicación dió lugar resultó que los insectos peligrosos para los libros son tantos y tan diferentes unos de otros, que entre los remedios preventivos ensayados ya contra ellos (naftol, bencina, sublimado corrosivo mezclado con cola, estantes de madera impregnados de sulfato ó



MASCARILLA DECORATIVA, obra de Lamberto Escaler

acetato de cobre), ninguno es de una eficacia general, y que sería preciso estudiar de cerca las costumbres de cada categoría de insectos para descubrir la precaución especial que á cada uno conviene oponer. Al mismo tiempo se hacía constar que los procedimientos en la actualidad empleados para limpiar los libros infestados (sacudidura de los tomos, vapores de sulfuro de carbono), ofrecen no pocos inconvenientes para la conservación de los libros impresos y las más de las veces son inaplicables á los manuscritos.

En vista de esto, acordó el congreso que se hicieran estudios experimentales con todo el rigor de los métodos científicos y mediante el concurso de bibliotecarios, químicos y naturalistas, acerca del modo de producción y propagación de los distintos insectos nocivos á los libros, acerca de los medios de remediar sus destrozos y acerca de las precauciones que debieran recomendarse á los fabricantes de papel y de cuero destinados á la impresión y encuadernación de los volúmenes, así como á los arquitectos que escogen los materiales para los pisos y estantes de las bibliotecas.

Mlle. María Pellechet, bibliotecaria honoraria del departamento de impresos de la Biblioteca Nacional que había tomado parte en la discusión, instituyó inmediatamente en favor de estos estudios dos premios, uno de 1.000 y otro de 500 francos; otro individuo del congreso, habitante en Argel, en donde son tan frecuentemente devastadas las bibliotecas, fundó asimismo un premio de 1.000 francos para el autor del mejor estudio especialmente dedicado á los insectos que destruyen las encuadernaciones; este último fué denominado «Premio del Congreso de Bibliotecarios.»

Según las condiciones del concurso, que fueron

determinadas antes de la clausura del congreso, las memorias debían ser dirigidas antes de 31 de mayo de 1902 al Secretario general, M. Enrique Martín, conservador adjunto á la biblioteca del Arsenal. El Jurado lo formaban la mesa del congreso y los señores Edmundo Perrier, Alfredo Giard, E. L. Bouvier, miembros de la Academia de Ciencias; Julio Kunc-



BUSTO DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

kel d'Herculais, auxiliar del Museo de Historia Natural, y el Dr. Marchal, profesor de Zoología del Instituto Nacional Agronómico.

Las veintitrés memorias presentadas fueron cuidadosamente examinadas por los químicos, bibliotecarios y miembros del Jurado, el cual ha concedido el citado premio del Congreso de Bibliotecarios á M. Juan Bolle, director de la estación de ensayos químico-agronómicos de Goritz (Austria), quien ha indicado contra los insectos de las encuadernaciones, de los cuales ha hecho un estudio profundo, medios de destrucción muy prácticos y de carácter á propósito para dar los mejores resultados. Entre otros medios propone M. Bolle el empleo del sulfuro de carbono, habiendo construido un aparato gracias al cual puede procederse á la destrucción de los insectos sin temor á los peligros de incendio, tan



PRIMAVERA, bajo relieve decorativo de Lamberto Escaler

frecuentes con el sulfuro de carbono, que se inflama á los 46 grados.

La memoria de M. Bolle iba acompañada de pruebas que demostraban que el empleo del sulfuro de carbono no altera los colores: en efecto, el autor ha cortado en dos pedazos varias láminas de colores, ha sometido al experimento un solo trozo, y aproximándolo luego á la otra mitad correspondiente, no se ha observado diferencia alguna entre las dos partes.

El premio María Pellechet de 1.000 francos no ha sido adjudicado; el de 500 se ha concedido á M. Constant Houlbert, doctor en Ciencias naturales, profesor del Liceo de Rennes. En su memoria estudia M. Houlbert, en el orden sistemático, unas cincuenta especies de insectos y arácnidos, representándolos en sus diferentes estados, citando los principales caracteres de las larvas y de los adultos, resumiendo todo lo que conoce de sus costumbres, de sus hábitos y del régimen de cada especie, ex-

tendiéndose sobre los hechos concernientes á los estragos cometidos en los libros y en las bibliotecas y examinando con cuidado extremo todos los medios de destrucción. Contra la tijereta de los libros, coleóptero de tres ó cuatro milímetros de largo, á lo sumo, pero muy temible por sus mandíbulas muy duras y terminadas por tres dientes agudos, M. Houlbert recomienda, como M. Bolle, el empleo de los vapores de sulfuro de carbono en fumigaciones. La operación es muy sencilla: basta encerrar los tomos infestados en una caja provista de una hoja metálica en su interior y cerrada herméticamente; y en un ángulo de esta caja, hacia la parte superior, porque los vapores del sulfuro son más pesados que el aire, se coloca un frasco de ancho gollete que contiene algunos centímetros cúbicos de sulfuro de carbono. Según M. Houlbert, este sistema de destrucción es preferible al empleo de aire caliente, porque bajo la acción del calor el cartón se dilata de una manera desigual y los libros se deforman; además, el papel se vuelve friable y quebradizo. También es preferible al empleo del cloro gaseoso, que tiene el inconveniente de descomponer las materias orgánicas apoderándose de su hidrógeno. En cuanto á los vapores de formaldehído, no le han dado, al parecer, resultados más enérgicos que el vapor de agua pura. — L. R.



MASCARILLA DECORATIVA, obra de Lamberto Escaler

ficiales la menos perjudicial para los ojos. Ese médico basa su afirmación en el hecho de que las enfermedades y la fatiga de los ojos están en proporción directa de la frecuencia del parpadeo. Pues bien: contando los movimientos de parpadeo de un mismo ojo con diferentes luces, ha encontrado que la oclusión de los párpados se repetía por minuto: siete veces con una bujía, tres con el gas y algo menos de dos con la luz eléctrica. Con la luz solar, el mismo observador ha contado algo más de dos oclusiones por minuto.

EL FERROCARRIL DEL CABO AL CAIRO

Inglaterra prosigue con sorprendente perseverancia la realización de la obra que había constituido el sueño dorado de Cecilio Rhodes, á saber, la construcción de una línea férrea continua que, extendiéndose entre el Cabo y el Cairo, formaría la gran arteria central de la red ferroviaria africana.

La sección que unirá Buluwayo con el Zambézé progresa muy rápidamente: en la actualidad ya la recorren las locomotoras de un extremo á otro, y el año que viene podrá hacerse seguramente el viaje hacia el Norte en una extensión de 2.800 kilómetros, saliendo del Cabo, sin bajar del vagón.

Los trabajos de este ferrocarril son además muy importantes desde el punto de vista técnico; una de las obras más notables bajo este concepto será un viaducto de acero de 170 metros de largo que se construirá cerca de Victoria Falls.

LA LUZ ELÉCTRICA Y LA VISTA

A menudo se oye decir que la luz eléctrica fatiga la vista; sin embargo, un oftalmólogo ruso pretende que esta luz es de todas las luces arti-

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMIGAZION ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE, O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente los SÍNTOMAS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Réales.
 Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las
PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

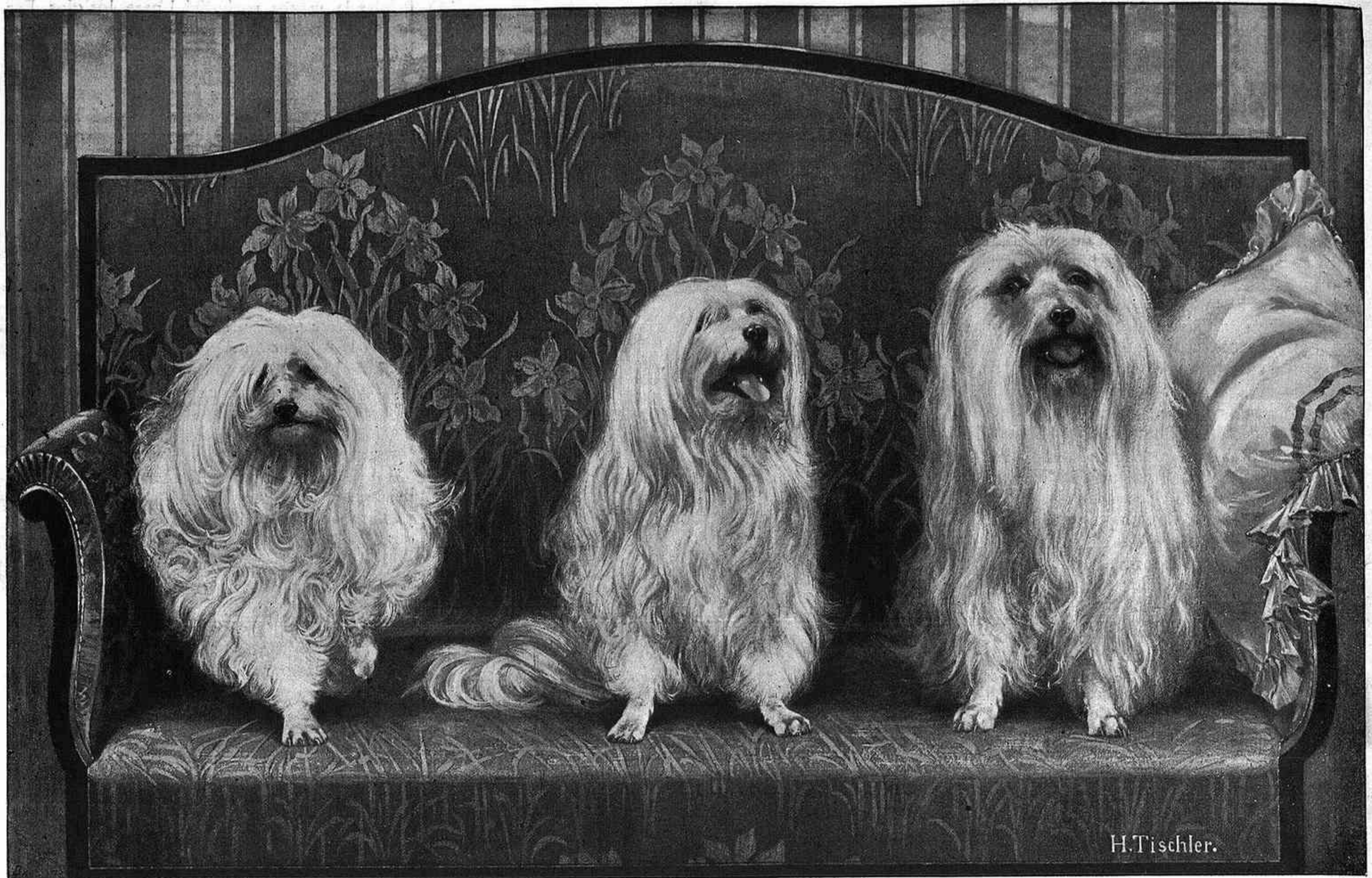
LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Póne y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co.
 8, St-Denis, 18 en Paris

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero
HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
 Espotos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Apercibidos á la defensa, cuadro de H. Tischler

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada

NESTLÉ



ALIMENTO COMPLETO
 para **Niños y Viejos.**
 Contiene la **Leche pura de Suiza.**

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 402, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

VINO NOURRY

ANEMIA
 DEBILIDAD
 LINFATISMO y
 ENFERMEDADES
 del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLYORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

(c) Ministerio de Cultura 2006